héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

EL REGRESO

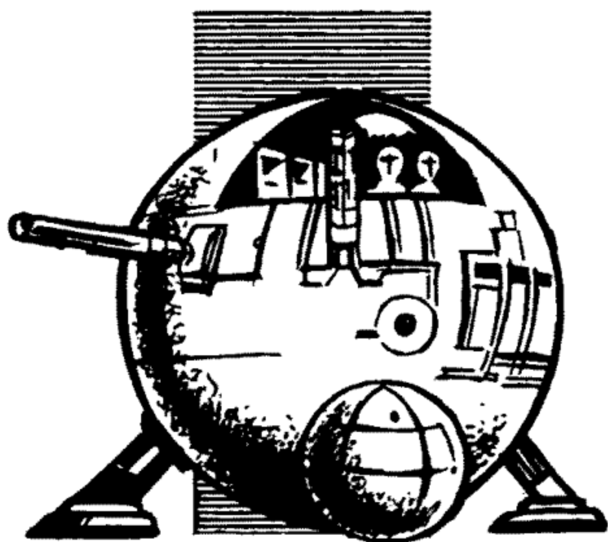
BURTON HARE



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

134 — Alucinación colectiva, *Law Space*
135 — La venganza de Caronte, *A. Thorkent*
136 — Lluvia roja, *Joseph Berna*
137 — El planetoide, *Robert Quant*
138 — Planetas gemelos, *Joseph Berna*

BURTON HARE

El Regreso

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 139
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 — BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 35.176 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1. ª edición: diciembre, 1982
1. ª edición en América: junio, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona -1982

CAPITULO PRIMERO

La muchacha se desperezó como una gata satisfecha. Por la ventana abierta penetraba el resplandor de un día que nacía y que no iba a ser como los demás.

Ladeó la cabeza. A su lado, profundamente dormido, el hombre en cuyos brazos había conocido las cimas del amor, respiraba acompasadamente. Sonrió para sí y sintió tentaciones de despertarlo, pero se limitó a seguir mirándolo en silencio, mientras el amanecer llenaba de luz la habitación.

La sábana dejaba al descubierto el torso del hombre y la muchacha recorrió con la mirada el complicado mapa en relieve de sus poderosos músculos. Le hubiera gustado saber cómo se mantenía en tan perfecta forma física un tipo como él, que aparentemente no tenía otra obligación que vivir lo mejor posible.

Suavemente, recorrió con las puntas de los dedos los duros pectorales del hombre. Cuando le miró a la cara casi dio un brinco al descubrir que él tenía los ojos abiertos y la miraba con una leve sonrisa en los labios.

—Sigue —murmuró él—. Tus dedos son una delicia.

—¡Tú, maldito fisgón…!

El la recorrió con la mirada de arriba abajo. Había mucho que ver, por cuanto la muchacha no llevaba encima más que su hermosa y larga cabellera.

Ella dijo:

—Sigue mirándome así y me saldrán ampollas en la piel.

—Te las cicatrizaré a besos… Ven aquí.

Jane se inclinó poco a poco, hasta que sus labios se encontraron con la boca de él y absorbieron el beso y el aliento, como si de ese beso y ese aliento dependiera vivir o morir.

Sintió las manos del hombre en su cuerpo, en una lenta caricia que despertaba de nuevo, una vez más, el ansia de un deseo profundo y limpio.

En medio de aquel éxtasis hubiera querido gritar que le quería, pero fue él quien apartó los labios apenas una pulgada y susurró:

—Te quiero, nena.

—Me gustaría que eso fuese cierto.

—Si quieres, lo firmo al pie de una licencia matrimonial.

Jane echó la cabeza atrás y le miró asombrada.

—¿Serías capaz de casarte conmigo?

—El problema está en saber si te quieres casar tú con un mal partido como yo.

Ella se echó a reír. Por un breve instante sintió el aliento de él en las cimas de los senos y casi se desvaneció.

Luego, con voz débil, murmuró:

—Habría de pensarlo. No sé nada de ti, excepto que eres un amante ideal.

—Sabes que me llamo Jack Parker.

—Y eso es todo lo que sé en realidad...

—Soy un marciano de incógnito. ¿Qué más necesitas para quererme?

Jane rió entre dientes.

—Eso quizá sea cierto. Por eso tienes tanto interés por los trabajos de papá.

—Espera un minuto, encanto. Lo que hace tu padre, si es que hace algo, despierta mi curiosidad, entre otras razones porque es tu padre y quiero estar en buenas relaciones con mi futuro suegro, pero eso es todo.

Ella sacudió la cabeza.

—Tu futuro suegro te echará con cajas destempladas si no le dices que es un genio de la ciencia cuando le veas esta tarde. Sólo yo sé So que me ha costado convencerle de que eras un gran admirador suyo.

—Oh, maldito seas, tienes la habilidad de encontrar en cada momento la frase adecuada para que yo pierda la chaveta.

Jack Parker recorrió su piel con besos breves, que para la muchacha fueron igual que leves descargas eléctricas a lo largo de su soberbio cuerpo. Luego, con un quejido de gozo, se desplomó sobre él como si quisiera poseerle con todo el frenesí de una pasión que nada ni nadie pudiera detener.

El amanecer dejó paso al sol radiante de una mañana de verano. Inundó de luz dorada la habitación como una aureola que quisiera ensalzar aquel amor sin límites.

Luego, mucho más tarde, aún abrazada a él, Jane susurró:

—Tenemos que irnos, amor mío.

—De acuerdo.

Quedaron mirándose larga y profundamente.

—Voy a decirle a tu padre que es un genio y que quiero casarme contigo.

—¿A pesar de que hoy ya casi nadie se casa?

—A pesar de eso. Soy un tipo anticuado.

—Antes de casarme contigo quiero saber qué otras cosas eres.

El desvió la mirada, como si de pronto el resplandor de la ventana fuera algo sumamente importante.

La pausa se prolongó casi un minuto. Después, cuando él habló, su voz ya no tenia nada de jovial

Dijo:

—Te contaré mi vida desde la cuna hasta hoy… pero eso será en otra ocasión. Ahora vamos a vestirnos o llegaremos tarde a la cita.

—De acuerdo.

Ella saltó de la cama y corrió hacia el baño. Los ojos grises del hombre la siguieron hasta que desapareció, y para entonces no había en ellos el menor asomo de humor.

Eran unos ojos fríos y preocupados, muy distintos de los que la muchacha contemplara sólo unos segundos ante…

* * *

Jack Parker detuvo el estilizado vehículo deportivo junto a la cortina de vegetación.

—¿Y ahora qué? —gruñó.

—Ahora, hay que seguir a pie hasta el otro lado de los árboles. Papá detesta a los visitantes, así que debes agradecerme el que haya accedido a recibirte en su laboratorio.

Echaron a andar por un estrecho sendero. Durante el breve camino, ella explicó:

—Papá mandó plantar árboles en la explanada que abrieron cuando hubo que traer los materiales del laboratorio y todo lo que se precisó para construir ese extraño antro en la montaña…

El miraba a su alrededor con ojos inquisitivos. En cierta forma, sentía una suerte de remordimientos.

La estrecha vereda terminaba en un farallón rocoso, agreste y sombrío, que se alzaba por encima de las copas de los árboles.

En ese farallón, la opaca mancha gris de un portalón metálico ponía una nota discordante.

—Hemos llegado —dijo Jane.

El se colocó ante la sólida masa gris, y gruñó:

—¿Cómo se llama a esta puerta, o lo que sea?

—De ningún modo. Dentro papá ya sabe que estamos aquí.

—Magnífico. Todo bien organizado.

Sonó un leve zumbido, y la tremenda masa metálica comenzó a deslizarse a un lado, dejando una abertura suficiente para que pasaran los dos.

Parker se detuvo el tiempo suficiente de examinar aquella puerta.

Era mucho más gruesa que las puertas de las cámaras acorazadas de los bancos, y parecía también mucho más sólida. Jane explicó:

—Papá dijo que era acero por ambas caras, conteniendo una gruesa alma de plomo.

—Estoy sorprendido...Hubo de dar un salto hacía el interior cuando la colosal masa metálica comenzó a cerrarse.

Había luces en las paredes de roca forradas de plomo, y un túnel que descendía en suave inclinación.

Al final del túnel estaba el profesor Wallis esperándoles. Más allá del científico, un hombre alto, delgado, enfundado en una bata blanca, les miraba con el ceño fruncido.

Jack estrechó la mano del profesor.

—Le gradezco que me haya permitido visitar su santuario, profesor.

—Agradézcalo a mi hija. Ella insistió tanto, que no pude negarme, pero es usted el primer extraño que penetra aquí, desde que se construyó todo ese complejo. Ah, le presento a mi ayudante, profesor Conway.

Este saludó con una breve inclinación de cabeza. Sus ojos inteligentes estaban fijos en la hermosa muchacha.

—Síganme..., van a asistir a la culminación de mis experimentos, y espero que puedan guardar discreción absoluta hasta que yo mismo lo haga público en el Senado. Pienso poner mis descubrimientos a disposición del Gobierno, cuando esté seguro del resultado.

—¿Es que aún no lo está?

—Bien, digamos que he tenido éxito en un ochenta por ciento.

Desembocaron en un enorme y deslumbrante laboratorio. Estaba

equipado con extraños instrumentos, un cerebro electrónico, que crepitaba suavemente en un ángulo; microscopios electrónicos, un complicado haz de tubos transparentes, que partían de una reducida máquina, y un perro.

El perro era grande, un magnífico ejemplar de pastor alemán, un lobo de orgullosa cabeza y ojos fieros, que les miraba con muy poca complacencia.

—Este es «Blackie» —dijo el profesor, acariciándole la gran cabeza—. En realidad, es nuestro protagonista.

—Profesor…

—¿Sí, señor Parker?

—Mire, llámeme Jack. Después de todo» aquí soy el más insignificante de los presentes. Sólo quería preguntarle concretamente en qué consistía su experimento.

—¿Ha oído hablar de la solidificación del torbellino atómico?

—No, señor.

—¿Ni de la traslación molecular?

Jack sonrió.

—Eso sigue siendo chino para mí.

El ayudante, Conway, chasqueó la lengua con un gesto despectivo ante tamaña ignorancia.

El profesor explicó:

—Es una teoría complicada, y que no puede explicarse a un neófito. Baste saber que, mediante la solidificación del torbellino atómico, congelando la estructura molecular de un cuerpo, se puede lograr la traslación absoluta de ese cuerpo.

—¿Adónde?

—Eso es lo que pretendo saber esta noche.

—No entiendo nada, pero si usted fuera tan paciente de ilustrarme un poco más, quizá pudiera comprender por lo menos la idea básica de su proyecto —murmuró Jack Parker, perplejo.

—Mire, he realizado el experimento con pequeños cobayas… En todas las ocasiones he tenido éxito. He logrado trasladarlos, volatilizarlos por completo. Pero debido a su pequeño tamaño, jamás he podido equiparlos con los instrumentos necesarios para seguir su reta, para comprobar cuál era su destino final, el lugar a donde la fuerza de mi rayo los trasladaba. Ahora es distinto, «Blackíe» es grande y fuerte. Podrá llevar un equipo de seguimiento. Pero para

poder lograr la traslación de un cuerpo de ese tamaño, he debido aumentar también la fuerza del rayo, la potencia y efectividad de todos los complicados instrumentos que intervienen en el proceso.

—Ya veo... Es decir, comprendo hasta cierto punto su idea. Usted afirma que, con su experimento, puede trasladar un cuerpo sólido y vivo a un lugar del espacio, quizá a un mundo remoto.

—Ciertamente, ésa es la idea básica.

Jack miró al enorme perro con cierto sentimiento de pena.

—Sospecho que el objeto de su experimento no va pasarlo muy bien —dijo.

—Se equivoca. No sufre en absoluto. En una milésima de segundo, su estructura sólida entra en el torbellino, se fusiona con él. Después el torbellino atómico se hunde en las profundidades del espacio, y se solidifica allí donde su fuerza se extingue. Teóricamente, el sujeto adquiere entonces su acostumbrado peso físico, recupera las facultades y vive...

—Pero no está probado que sea así.

—No, por supuesto que no. Es sólo una teoría. Pero esta noche lo comprobaremos, porque los instrumentos que el perro llevará nos informarán al segundo de todo el proceso, así como del lugar en que se realizará la metamorfosis.

—Ya veo.

El profesor hizo una seña a su ayudante, y éste procedió a colocar un arnés metálico en el dorso del perro. El arnés estaba provisto de numerosos engarces de presión a los que, uno tras otro, fue fijando pequeños cilindros ˆmetálicos.

—En cada cilindro forrado de plomo van distintos instrumentos —explicó el profesor—. Ojalá resistan la tremenda prueba.

Jack Parker pensó que quien no iba a resistirla sería el pobre animal, que les miraba a todos con sus grandes ojos fieros y húmedos.

Jane se acercó a él y le acarició la cabeza. El perro lobo la contempló, y dejó escapar un bronco gruñido de placer.

Cuando la operación de preparar los instrumentos hubo terminado, el profesor Wallis colocó al can sobre una plataforma plateada. Cuatro tubos de metal reluciente convergían exactamente sobre el animal. Cada tubo estaba rematado por una especie de cilindro oscuro, del que partía una estrecha boquilla, que era en

realidad la que apuntaba al objeto del experimento.

—Atentos —murmuró el profesor—. Vamos a ver si mi obra es realmente como la imaginé.,.

Se instaló ante, un tablero de instrumentos.

Jack contuvo el aliento.

El ayudante, dijo:

—Colóquense detrás de es pantalla de plomo. Hay unas mirillas por las que podrán ver el proceso.

El mismo se instaló a su lado. A través de los gruesos cristales especiales, tenían una visión perfecta del perro inquieto.

—¡Ahora!

Manipuló nerviosamente los mandos de la máquina. Un zumbido se elevó, creciendo en intensidad. Los brillantes tubos que convergían sobre el perro se pusieron instantáneamente de un rojo opaco, y el zumbido se hizo tan agudo que casi dañaba los oídos.

Inesperadamente, hubo un sordo rugido en alguna parte, como si el zumbido hubiera despertado a un monstruo dormido.

El profesor dio un respingo. Una catarata de chispas se desprendió de uno de los tubos.

—¡Aprisa! —gritó Wallis—. ¡Salgan de aquí…, algo se ha descompuesto…!

Dieron un salto atrás.

El profesor repitió:

—¡Rápido, rápido!

Hubo un cegador estallido silencioso, como si hubiera explotado un enorme depósito de magnesio, con la única diferencia de que no se produjo ni una voluta de humo.

El cegador relámpago se extendió por todo el recinto, propagándose igual que una honda de sonido que se hubiera solidificado de repente.

Estaba aún chispeando aquella ola de luz cuando todos ellos perdieron el conocimiento.

CAPITULO II

Jack Parker volvió a la vida como si despertara de un profundo sueño.

Cuando intentó moverse, notó cierta rigidez en todos sus

miembros.

En el primer instante no recordó nada, sólo que estaba aturdido y necesitaba una ducha para despejarse.

Luego escuchó, un quejido y se sobresaltó.

Vio un montículo de tierra oscura. La tierra se había, introducido por una enorme grieta de lo que parecía ser un muro cóncavo.

Al pie del montículo, un hombre comenzaba a incorporarse con dificultad.

Era el profesor Wallis.

Entonces recordó, y sintió un escalofrío.

Estaban vivos. A pesar del relámpago, del infierno que parecía haberse desatado, estaban vivos.

—¡Jane! —murmuró, levantándose de un salto.

El salto le llevó mucho más alto de lo que pudo imaginar jamás.

Afianzó los pies en el suelo, y miró, en torno.

Del laboratorio apenas quedaba nada. Había un montón de rocas de extraño aspecto, en el lugar en que debía estar el cerebro electrónico.

Jane yacía allí, desmadejada, y el perro lobo, con todo su equipo de instrumentos, estaba sentado sobre sus cuartos traseros, junto a la muchacha.

El profesor logró incorporarse y balbució:

—¿Qué… qué…?

—La hizo usted buena, profesor. Todo un éxito. No estamos muertos de milagro.

Jim Conway, el ayudante, emitió un suspiro. Estaba a corta distancia, y les contemplaba con sus enormes ojos desorbitados.

—¿Están… bien…? —jadeó.

—Veamos a Jane…

La muchacha reaccionó al incorporarla su padre. Parpadeó, suspiró, y abrió los ojos.

—¡Jane, hija!

—¡Papá!

«Blackie» soltó un ladrido de gozo, y trató de lamer la cara de la muchacha.

—¿Te encuentras bien, pequeña?

—Creo que sí, me duelen todos los huesos, ahora que me doy cuenta, pero sospecho que no has conseguido matarnos aún.

—Lo siento... Algo falló. Habré de empezar de nuevo. Uno de los tubos rebasó con creces la intensidad de la descarga, y estalló. ¿Te fijaste en los detalles, Jim?

Conway gruñó:

—No, profesor. Cuando usted gritó, traté de ponerme a salvo... Pero no me explico cómo estamos vivos, cuando la descarga agrietó incluso las paredes de plomo y roca. Mire, grietas tan profundas que llegan al exterior, y han precipitado toneladas de tierra al interior del laboratorio.

Wallis miró, estupefacto, a su alrededor.

—No comprendo... Teóricamente, es imposible que...

—Mire, ahora no se trata de analizar teorías —dijo Jack, sombrío —, sino de salir de aquí. ¿Crees que podrás andar, Jane?

—Por supuesto. Aparte del entumecimiento, me encuentro bien.

—Saldremos por esa grieta, porque imagino que el estallido descompuso los mecanismos del portalón de acero.

Wallis miraba en torno suyo, con una expresión perpleja en su rostro.

De pronto, dijo:

—Un momento. La explosión no pudo causar toda esa transformación. Según mis teorías, una descarga excesiva del rayo habría solidificado toda la materia de tal modo que, prácticamente, sería absolutamente indestructible...

Jack sintió tentaciones de mandarlo al infierno. —Sus teorías no me merecen mucha confianza, profesor, y disculpe mi franqueza. Veamos si es posible salir de aquí, por esa grieta.

Comenzó a encaramarse por el alud de tierra. Allí tuvo otra sorpresa: era una tierra negra, blanda y suave.

Tierra virgen, como procedente del suelo de una selva, donde durante siglos se hubieran acumulado humus suficientes para enriquecerla hasta un grado inconcebible.

Notaba una ligereza sorprendente, como si sus fuerzas hubieran aumentado de una manera increíble.

Se internó en la grieta. Las rocas oscuras que las formaban también tenían un aspecto como no recordaba haber visto otras en su vida.

La grieta se convertía en su interior en una auténtica caverna oscura como la tinta. La oscuridad duró apenas unos minutos, porque

finalmente, ante él, distinguió una extraña claridad azulada. Era una luz sorprendente que no podía proceder del Sol ni de la Luna, sino de una suerte de lámpara azul…

Pero eso era absurdo. Nadie alumbraría una montaña con luces azules…

Cuando llegó a la salida de la cueva, y miró más allá del roquedal, sintió que estaba volviéndose loco, que la visión que se mostraba a sus ojos espantados no podía existir, y que sólo era producto de su mente enferma.

Decididamente, el maldito rayo, o lo que fuera, le había afectado el cerebro…

Ante él se extendía una planicie inmensa, bañada por aquella luz azulada, suave como una caricia de mujer. Inmensas formas vegetales se alzaban, altas como catedrales, y colosales lianas se enroscaban en los tremendos troncos negruzcos.

En cambio, sobre la planicie había una vegetación rala, salpicada de grandes rocas, también oscuras. Jamás en la tierra había existido vegetación semejante, y Jack Parker no pudo contener un grito de espanto.

Alzó la cabeza. La atmósfera era nítida, y el aire de una pureza que, al penetrar en sus pulmones, los vivificaba de tal modo que las energías parecían rebosar por cada poro de su piel.

Más allá, esparciendo su pálida y caliente luz, había un astro chispeante. Era de él de donde se desprendía esa luz increíblemente pura.

Empezó a temblar espasmódicamente.

Aquella pesadilla no tenía explicación lógica. A menos…

A menos que todos ellos hubiesen sido trasladados a un mundo remoto, con el estallido accidental del rayo.

Pero eso no podía ser cierto. Ni siquiera las teorías del profesor eran capaces de admitir tamaño desatino.

Oyó un roce a su espalda, y se volvió.

El enorme perro lobo se acercaba cautelosamente, receloso. Le habían librado de su pesado arnés, y ahora el animal parecía tan sorprendido como él mismo.

—Amigo, sospecho que nos han jugado una buena trastada… Echa un vistazo.

«Blackie» le miró gruñendo. Luego, salió por la boca de la grieta y

pareció perdido allí, sin saber qué dirección tomar.

Empezó a ladrar de pronto, como si protestara por lo que alguien había hecho con él. Sus ladridos tenían una potencia increíble, y retumbaban en el silencio impresionante, como rugidos de un león.

Jack retrocedió unos pasos y gritó:

—¡Profesor, Jane, vengan aquí...!

Volvió a salir, y ahora se incorporó al aire libre. Un aire extraordinario, que al parecer contenía una riqueza de oxígeno como jamás fuera conocida en la Tierra.

El primero en asomar fue el profesor. Salió poco a poco, la mirada desorbitada, estremeciéndose, incrédulo.

—¡Dios bendito! —jadeó.Los demás no dijeron nada. No podían hablar.

Sólo miraban aquel mundo increíble, y temblaban.

«Blackie» trotaba de un lado a otro, ladrando alegremente ahora. Estaba aclimatándose mejor que los humanos.

En sus correrías, llegó hasta el borde de aquella espesura colosal. De pronto, se detuvo, rígido, tan inmóvil como una estatua, las orejas pegadas a la cabeza, acechando algo que estaba fuera de la vista del grupo estupefacto, que no salía de su asombro.

El perro empezó a gruñir amenazadoramente. Su pelo se erizó.

—¡Ha visto algo por allí! —exclamó Jack—. Se dispone a pelear... ¡«Blackie», ven aquí!

El perro ni le oyó.

Se oyó un crujido en la vegetación. Luego, el seco chasquido de las ramas al quebrarse, al paso de una masa enorme.

«Blackie» se agazapó, sin cesar de gruñir. Sus labios se contrajeron, dejando al descubierto los largos y afilados colmillos, relucientes como puñales.

Jane jadeó:

—¡Llámalo, papá!

—¡«Blackie»!

Lo que fuera que estaba moviéndose en la espesura emitió un rugido. Fue un sonido como nunca antes oyeran otro semejante, mitad aullido, mitad chillido.

De pronto, la espesura se agitó, y una horrible cabeza asomó entre el negro follaje.

Era una cabeza enorme, cónica, rematada por un largo aguijón,

semejante a una espada. Dos ojos abultados, divididos en extrañas celdillas, estaban fijos en el perro.

—¡Lo matará! —sollozó Jane—. ¿Qué clase de pesadilla es ésta, papá?

Jack hundió la mano en el costado, y sus dedos acariciaron la culata de la pistola que llevaba, pero los retiró como si quemara. No era el momento de explicar por qué llevaba el arma, ni su verdadera personalidad.

—¡«Blackie»! —gritó.

El perro no le hizo caso.

De pronto, como disparado por un resorte, se lanzó sobre aquella cosa monstruosa, esquivó el mortífero aguijón del tamaño de una espada, y cayó sobre la cabezota.

La bestia emitió un aullido, y se revolcó, con el lobo pegándole dentelladas.

Era increíble que el perro pudiera sacudir de un lado a otro aquella masa tremendamente más grande que él. La visión de pesadilla desplegó una especie de alas óseas, batiéndolas furiosamente, pero era palpable que eran insuficientes para permitirle volar.

Sin embargo, una de ellas golpeó con tremenda fuerza al perro, tirándolo lejos de sí. Tenía parte de su cabezota destrozada, pero no le manaba una gota de sangre.

Dio media vuelta y huyó.

Jim Conway temblaba.

—No es posible… Ese monstruo era cinco veces mayor que el perro… y éste le venció. ¿Qué clase de mundo es éste, profesor?

—No lo sé, Jim. Necesito serenarme para pensar con calma. Y ese condenado sol azulado… ¡Qué calor!

«Blackie» llegó trotando y gruñendo. Todo su cuerpo se estremecía a causa de la excitación de la pelea. Jane le acarició la cabeza, calmándole.

Jack dijo:

—Te has portado como un héroe, amiguito…

Conway dijo:

—Deberíamos buscar un lugar más seguro que éste. Tal vez encontremos gente… Si hay vida animal en este mundo, debe haber también seres inteligentes, digo yo.

Jack hizo una mueca.

—El hecho de que sean inteligentes, si realmente existen, no es sinónimo de hospitalarios. Habrá que ver qué recibimiento nos harán.

—De cualquier modo, todo es preferible a esta incertidumbre — dijo Jane.

Conway la miró. No pudo disimular la satisfacción que le producía el hecho de que la muchacha estuviera de acuerdo con él, y no con aquel orgulloso tipo que, bajo ninguna circunstancia, debió haber sido admitido en el laboratorio...

Wallis, asintió:

—Si, vámonos. Es preciso que reconozcamos lo que ahora es nuestro hábitat...

Jack Parker tenía el perro junto a él Instintivamente le acariciaba el lomo áspero, y al animal parecía gustarle.

De pronto, Jack dijo:

—¿Alguien ha pensado que llegará el momento en que nuestros cuerpos empezarán a exigir alimentos? Necesitaremos comer.

—Ese será otro problema, pero de momento yo no tengo apetito.

—Porque estamos demasiado excitados y nerviosos... Bueno, si hemos de emprender la marcha, adelante.

Echó a andar. «Blackie» se colocó a su lado, trotando alegremente.

Los demás le siguieron.

Bordearon la negra selva, admirando las colosales estructuras de aquellos árboles jamás imaginados, las tremendas lianas que se enroscaban perdiéndose en la maraña de vegetación que formaba como una cúpula, a una altura inmensa.

De vez en cuando, se escuchaban extraños sonidos en aquella masa impenetrable. Gruñidos, aullidos agudos, y el quebrar sonoro de gruesas ramas, como si enormes corpachones se movieran a sus anchas, en aquel mundo virgen.

Descendieron la ladera hasta el borde de la llanura. Allí contemplaron una sucesión de arbustos de la altura de un niño. Tampoco aquella vegetación tenía nada de familiar para ellos, excepto unos matorrales erizados de espinas, que sobresalían aquí y allá.

Wallis, comentó:

—Parecen zarzas, sólo que las espinas son más largas y agudas...

—¡Quietos! —exclamó Jack, cuyos ojos de halcón no cesaban de escrutar a su alrededor.

—¿Qué pasa?

Jane, instintivamente, se colocó a su lado.

El murmuró:

—Sujeta al perro.

—¿Pero...?

—Mira.

A corta distancia, los arbustos se agitaron violentamente. Wallis contuvo el aliento. Casi sin voz, susurró: —Cuidado, hija...

Jim Conway sintió el pánico adueñarse de él. Comenzaba a perder el control de sus reacciones.

De pronto, muy cerca, los arbustos se abrieron violentamente, y una monstruosa visión asomó por la abertura.

CAPITULO III

Jack Parker se quedó rígido.

La enorme cabezota tenía unas estrías óseas como líneas más claras sobre lo que podría denominarse como el cráneo. Pero era una cabeza que apenas rebasaba el grueso del cuerpo que se insinuaba más atrás, reptando entre los arbustos.

Tenía el tamaño de un balón de fútbol. El hocico era aguzado, viscoso, y no se distinguían dientes, sólo una especie de cuchilla curva, ósea y afilada.

Jane comenzó a retroceder, sujetando a «Blackie», que gruñía impaciente por lanzarse a la pelea.

Wallis, jadeó:

—Jamás hubo en la Tierra serpiente de ese tamaño..., pero no es una serpiente, creo.

Esta vez, Parker empuñó la automática del «45» y descorrió el seguro. No retrocedió ni se movió.

Aquella cosa parecía mirarles tan asombrada como ellos mismos. Cada vez que se movía, los arbustos se agitaban por lo menos diez o quince metros detrás de la cabeza, delatando su inmenso tamaño.

Levantaba la cabezota, oscilándola de un lado a otro. De vez en cuando, sus mandíbulas producían un chasquido seco.

Y de repente, Jack comenzó a moverse hacia aquella cosa horrible, paso a paso, cautelosamente, con la pistola amartillada en la mano.

Jane rugió:

—¡No, Jack, vuelve!

El estaba absorto y vigilante. Quería comprobar algo que empezaba a sospechar.

De pronto, se desvió hacia la derecha. Ahora anduvo rápidamente, sin que la cabeza se volviera hacia él.

Desde una distancia de veinte metros a la derecha, lanzó un grito agudo.

La cabeza se movió. Continuaba oscilando lenta y pesadamente, enfocada su atención hacia el grupo que había frente a ella.

Jack, gritó:

—¡Es ciego y sordo!

Conway contuvo un quejido de pánico y rugió:

—¡Mátelo de una vez! ¿Para qué quiere esa pistola?

Inesperadamente, Jane chilló:

—¡Cuidado, Jack!

Este se volvió en redondo. Otro ejemplar, semejante al primero, se alzaba ahora a sus espaldas.

Se apartó, notando cómo aquella cosa parecía husmear el aire.

Su pie tropezó con una piedra. La levantó. Era tan pesada como las de la Tierra. Volteó el brazo, y lanzó el pedrusco.

La piedra golpeó a un lado de la segunda cabezota que había aparecido, hundiéndola fácilmente. Vio aparecer un líquido espeso, oscuro y viscoso. La bestia se agitó con terrible violencia, aplastando la vegetación a su alrededor, y luego retrocedió a gran velocidad.

El primer monstruo aparecido no tardó en seguirla. Durante unos minutos, vieron cada vez más lejos el loco agitarse de los arbustos, a medida que los dos cuerpos colosales huían.

Jack enfundó la pistola, perplejo.

—No comprendo. Esas bestias eran ciegas y sordas. Sólo parecían husmear… olemos. ¿Qué le sugiere eso, profesor?

—Bueno, prefiero reservarme mi opinión. Creerían que estoy loco…

—Hable de una vez —se impacientó Conway—. Todo es preferible a este cúmulo de incertidumbres.

—Esas cabezas me han dado la idea... Redondeadas y afiladas en el hocico, sin dientes, sólo una córnea ósea...

—¿Y bien?

—Gusanos.

Jack casi se cayó de espaldas, estupefacto.

Jane se llevó la mano a la boca para no gritar, mientras Conway, sin poderse contener, soltaba una amarga carcajada.

—Desde luego, parece que realmente ha perdido usted la razón, profesor. ¿Cómo podían ser gusanos estas cosas tan enormes?

—Jim, usted continua trazando las líneas de valores según el rasero de nuestro mundo. ¿No han visto ustedes nunca esas grandes lombrices que viven bajo tierra, especialmente en los huertos? Se alimentan de tierra precisamente, abren galerías, y esas galerías contribuyen a oxigenar el terreno. Esas dos bestias parecían del mismo género, pero aumentadas infinitamente.

Jack sonrió:

—Profesor, si aquí los gusanos son de ese tamaño, me pregunto cómo serán los animales superiores...

No obtuvo respuesta.

Conway gruñó:

—Yo no me interno en esta llanura, profesor.

—La bordearemos, manteniéndonos entre ella y la selva. Y se me ocurre que sería una gran cosa buscar un lugar dónde pasar la noche... Porque imagino que habrá también noche en este mundo.

Jack levantó la cabeza. El extraño astro azulado no estaba ya sobre sus cabezas, sino mucho más cerca de las cimas rocosas que se alzaban más allá de la selva.

—Es cierto — gruñó—. Y confieso que nunca pertenecí a los *boys-scouts*.

—Debemos organizamos —dijo Wallis—. No sirve de nada perder la serenidad, dejarnos llevar por el pánico o el asombro. Esta noche, si la hay, mantendremos encendida una buena fogata, y uno de nosotros permanecerá en continua vigilancia. Nos turnaremos. El fuego mantendré alejados a los animales... espero — terminó con un suspiro.

Conway refunfuñó: —Ni usted ni yo somos fumadores, profesor. ¿Con qué encendemos el fuego?

Parker exclamó:

—Acabo de realizar otro descubrimiento.

—¿Cuál?

—Hasta ahora no había recordado el tabaco, y yo sí soy fumador... O por lo menos lo era.

Tanteó sus bolsillos, y sacó un paquete casi entero de cigarrillos. Tomó uno, y se lo llevó a los labios. Luego sacó un encendedor de gas, y chupó con cautelosa complacencia.

Hizo una mueca.

—Sabe lo mismo que en la Tierra —dijo.

Jane sonrió.

—Allí me hubieras ofrecido uno, Jack.

—Discúlpame.

—No quiero fumar, gracias. Era sólo un comentario. Además, es preferible que reserves tus cigarrillos. Cuando los termines...

—Sí, claro. Aquí no hay donde comprar más.

—Ni donde cargar un mechero, cuando se le agote el gas —dijo Conway, sombrío.

Caminaron rápidamente durante más de una hora. Luego, cansados, se detuvieron, y, con rápida brusquedad, aquel extraño sol desapareció y las sombras les envolvieron.

* * *

La fogata crepitaba, esparciendo luz a su alrededor. Luz y calor, aunque el calor apenas era necesario porque la temperatura nocturna era templada y suave.

Jack, junto a un montón de leña que él mismo había recogido, trataba de adaptar su mente a esta nueva situación, a esta nueva vida que se abría ante ellos como si acabaran de nacer a un mundo nuevo.

Contempló a Conway que dormía, inquieto, y al profesor que respiraba pesadamente.

A corta distancia, Jane yacía de costado, y su sueño no era tampoco muy tranquilo. Las fascinantes formas de su cuerpo maravilloso resaltaban de modo turbador, a la luz danzante de las llamas. Tenía unas piernas largas, de trazo exquisito, con muslos sólidos y sin un gramo de grasa.

Junto a la muchacha yacía el perro, pero «Blackie» no dormía. De vez en cuando, volvía la cabeza y miraba a Jack como esperando una

voz, una orden, para ponerse en movimiento.

Parker pensó que debería dar una explicación, tan pronto fuera de día; decirles la verdad de su interés en intimar con Jane; revelarles la razón por la que estaba armado con aquella formidable pistola...

No quería hacerlo. Aquello podría cambiar muchas cosas.

Pero ya no tenía objeto ocultarlo.

Echó unos troncos al fuego. Ardían con facilidad.

Encontró uno largo, casó de dos metros, recto y fuerte. Lo tomó, y con un pequeño cortaplumas de bolsillo, comenzó a trabajarlo.

Para cuando Conway despertó, el palo estaba convertido en una aguda lanza.

—Debió .haberme despertado —gruñó el ayudante del profesor, frotándose los ojos.

—No tenía sueño. Estuve pensando, ¿sabe?

—No me lo cuente a mí.

—¿Qué le pasa a usted, Conway? ¿Por qué me mira de mala manera? Parece como si el responsable de esta situación fuera yo.

—No se trata de eso.

—Muy bien, ¿de qué, entonces?

—Mejor vaya a dormir. Yo vigilaré el fuego.

Jack suspiró.

—Tome esta lanza. Puede serle muy útil.

—¿Por qué no me presta su pistola? Me sentiría mucho más seguro con ella.

Le miró con el ceño fruncido y una expresión sombría.

—Pero yo no —gruñó.

Apartándose del científico» se tendió cerca del perro y se quedó mirando el lóbrego firmamento.

Se distinguían estrellas, enormes, brillantes» refulgentes.

De pronto, dio un respingo y aguzó la mirada. Si pudiera localizar las formaciones estelares... Orión, la Osa Mayor. Todas aquellas formaciones que aprendiera en la escuela primaria. Tal vez fuera posible orientarse.

Repentinamente, le invadió un enorme cansancio. Sus párpados se cerraron y, sintiendo la tibia proximidad de Jane, quedó profundamente dormido.

CAPITULO IV

«Blackie» le restregó el hocico por la cara, gruñendo.

Se levantó de un brinco, y miró en torno.

El profesor dormía.

Jane, tendida ahora de espaldas y con la cabeza vuelta hacia un lado, respiraba acompasadamente, sumida en profundo sueño.

El perro gruñó otra vez. Sus colmillos relucían a la luz de la mortecina fogata…

¡Mortecina!

Se volvió, como empujado por un resorte.

Conway estaba tendido durmiendo. A su lado la lanza aparecía abandonada, y el resplandor de las brasas estaba casi apagándose.

Y, más allá, como flotando en la oscuridad, dos ojos fosforescentes escudriñaban el pequeño cementerio.

La ira le dominó. La ira y el temor. Empuñó la pistola y sujetó al perro, que ahora, en la oscuridad, tampoco parecía tan agresivo.

Aquellos ojos crueles se movieron. Sonó un bronco gruñido. Jack apuntó con la pistola hacia aquella cosa y avanzó con cautela.

De un zarpazo atrapó la lanza con la mano izquierda. «Blackie» se mantenía apretado contra sus piernas.

Salvajemente, dio un puntapié a Conway, gritando:

—¡Estúpido!

Conway lanzó un quejido y se incorporó.

Volvió a patearlo, y añadió con su voz llena de cólera:

—¡Eche leña al fuego, idiota! ¿Quiere que nos maten a todos?

Sus voces despertaron a los otros, Conway estaba tan furioso como él.

—¡Maldito sea! —rugió—-. No le consiento… Me ha golpeado, maldito bruto. ¿Quién diablos se cree que es?

—¡Mire detrás de usted, excelencia! —dijo Parker, sarcástico.

Conway se volvió. Los ojos verdes estaban ahora mucho más cerca.

Dio un salto atrás, que por poco no cayó sentado en las brasas.

Jack fue acercándose a aquella amenaza. No sabía qué efectividad tendrían las balas del «45» contra aquellas criaturas misteriosas, pero estaba dispuesto a probarlo.

El perro lanzó un gruñido, y empezó a ladrar. Los ojos se

agitaron.

—Cállate, «Blackie».

Fuera lo que fuese que estaba allí, no parecía temerle. Se mantenía al acecho. Después, los ojos parecieron descender hacia el suelo.

La bestia se agazapaba, disponiéndose a saltar.

Jack, consciente de lo que arriesgaba, cambió las armas de mano, de modo que empuñó la lanza con la derecha. No disponía de demasiadas municiones para la pistola...

De pronto, con un salto que arrancó un alarido a Jane, Parker se lanzó hacia adelante, descargando la lanza con toda la fuerza que pudo reunir.

La aguzada punta encontró un cuerpo blando y se hundió en él con extraordinaria facilidad. Sonó un estremecedor rugido, y algo grande se agitó violentamente, arrancándole la lanza de la mano.

El retrocedió, sujetando al perro, que ahora parecía impaciente por lanzarse a la batalla.

Jane gritó: —¡Jack! ¿Estás bien?

—Sí...

El propio profesor Wallis se encargó de arrojar leña al fuego. Instantáneamente, las llamas se alzaron. Vieron un gran cuerpo gris convulsionándose al borde de los arbustos, agitando la lanza que le atravesaba el cuello, del que manaba una sangre oscura, casi negra.

Jack fue hacia el animal. En dos saltos. Jane estuvo a su lado, sujetándole con violencia, casi sacudiéndole.

—¡No vayas, Jack! —chilló—. ¡No te acerques!

—Aún tengo la pistola.

Conway barbotó:

—Déjalo que se sienta héroe. Espero que alguien le dé una medalla.

Wallis le miró con reproche, pero no dijo nada.

Jack llegó junto al agonizante animal.

Se quedó perplejo, examinándole. De un tirón arrancó la lanza y dijo:

—Es la cosa más o menos familiar que veo desde que llegamos a este mundo de pesadilla. Venga aquí, profesor.

Wallis se acercó.

El animal estaba ahora inmóvil, aunque jadeaba cada vez más

despacio.

Era grande como un tigre de Bengala, pero su aspecto era el de un jaguar, aunque no tenía mancha alguna. Todo su cuerpo estaba cubierto de un ralo pelo gris, casi brillante a la luz del fuego.

—¿Qué le parece?

—Un jaguar, desde luego. Incluso su cola. Pero mucho más grande que los conocidos en la Tierra.

—Y ha sido extraordinariamente fácil matarlo, profesor. Estas criaturas no tienen la agresividad de las terrestres, en absoluto. De haberla tenido, con la vigilancia de su ayudante, ya se nos habría merendado. No me atacó cuando estuve lo bastante cerca de él.

—Quizá ese animal estaba tan sorprendido de verle como usted de verle a él. Tal vez... nunca antes había visto un ser humano.

Jack se volvió poco a poco.

—¿Quiere usted decir que no hay seres inteligentes en este mundo, profesor?

—Pudiera ser. ¿Cómo voy a saberlo?

Conway gruñó:

—Parker, la próxima vez que se atreva a golpearme, le mataré.

Jane contuvo el aliento.

Wallis dijo sombrío:

—Ciertamente, lo único que nos falta es matarnos entre nosotros, Jim. ¿Es que te has vuelto loco? Nos necesitamos, ahora más que nunca. Y, si no me equivoco, necesitamos a Parker sobre todas las cosas. De todos nosotros, creo que es el único capaz de desenvolverse en este mundo hostil y desconocido. Por lo menos, el mejor dotado.

—Eso, dotado... Me gustaría saber por qué vino a visitarle a usted al laboratorio armado con esa enorme pistola. ¿Qué se proponía?

Wallis sonrió.

—En eso tienes razón. ¿Tiene una explicación, Parker?

—Por supuesto.

Jane le miró, perpleja.

Jack dijo:

—Soy un... Mejor dicho —rectificó con ironía—, «era» un agente especial del Consejo de Seguridad de Estados Unidos, profesor. Me encomendaron controlar de cerca sus trabajos y...

Jane emitió un débil grito, y él se volvió en redondo.

—¡Espera, Jane! —exclamó—. No saques conclusiones

precipitadas.

Conway dijo con hiriente sarcasmo:

—¡Un espía! Y se valió de ti para acercarse a tu padre, te utilizó como un simple instrumento. Se ha burlado de ti, Jane.

—Me doy cuenta de que he sido un juguete en tus manos, Jack —dijo la muchacha con profunda amargura.

El sacudió la cabeza.

—¡No fue así! Me enamoré de ti, Jane. Te amé sin tener en cuenta en absoluto el trabajo que esperaban de mí.

Conway rió:

—¡Enternecedor!

Colérico, Parker giró sobre sí mismo. Su puño zumbó como una bala y se estrelló bajo el mentón del ayudante. Jim Conway se alzó sobre el suelo, dio una curiosa voltereta, y aterrizó mucho más allá, inerte.

Wallis sacudió la cabeza.

—No debió haber hecho eso, Parker —le reprochó.

—Lo lamento, perdí el control.

Jane se inclinó sobre el inerte Conway. También ella miró con evidente reproche a Jack, pero no dijo nada.

Parker refunfuñó una maldición, y se apartó del grupo. El perro le siguió dócilmente. Parecía haberle elegido entre todos los demás como el objeto de sus preferencias.

Los dejó que se ocuparan de Conway, y él fue hacia los primeros árboles. Examinó su corteza. Era extraordinariamente blanda, casi negra. Tampoco la madera era tan sólida como la que conociera en su mundo. Eso podía explicar, en parte, las colosales proporciones de esa vegetación increíble.

Pasó un corto espacio de tiempo, y de repente, con la misma brusquedad con que desapareciera, el sol azulado irrumpió en el espacio, desparramando su luz.

Conway, acariciándose su amoratada cara, masculló:

—Si por lo menos los instrumentos del perro no se hubieran descompuesto, podríamos calcular poco más o menos nuestra situación.

—¿Y de qué nos serviría eso? —refunfuñó Jack—. Nunca podremos regresar a nuestro mundo. Así que tanto da que estemos en un lugar como en otro.

Nadie le respondió. Pensó que entre todos se habían propuesto crear un vacío a su alrededor, y se encogió de hombros. Lo lamentaba por Jane, porque seguía amándola. Sin embargo, no pensaba pedirles clemencia.

Se alejó otra vez, seguido de «Blackie», que trotaba a su alrededor con manifiesta alegría.

Jane le siguió con la mirada.

Conway gruñó:

—¡Un maldito espía! ¿Qué le parece, profesor?

—No creo que fuera un espía, tal como usted lo entiende. Más bien estaba encargado de vigilar que nadie más que nosotros supiera nada de mis trabajos.

—Pero se valió de su hija, engañándola, para acercarse a usted. Esa es una conducta detestable. ¿No lo crees así, Jane?

La muchacha no replicó. Estaba pálida, y ahora parecía acusar intensamente las emociones vividas hasta entonces.

Y de repente, Wallis gruñó:

—Yo tengo hambre. Sin paliativos; sencillamente hambre. ¿Y vosotros?

Conway admitió que estaría dispuesto a comer algo, si lo hubiera, pero Jane murmuró:

—Yo no, papá.

—Hijita, sin comer no podremos vivir mucho tiempo. ¿Dónde está Parker? Seguro que a él se le ocurre algo para saciar el hambre.

Conway no pudo evitar una mueca de disgusto.

Oyeron ladrar furiosamente a «Blackie» en la lejanía. Luego, el seco y rotundo estampido de la pistola. Y más ladridos del perro, que a pesar de la distancia, parecía poseído por la excitación.

Jane musitó:

—¡Algo le ha sucedido…!

—Tenía su pistola —gruñó Conway—. Se cree un dios, con ella en la mano…

—¡Ya basta, Jim! — estalló el profesor—. No voy a consentirte que provoques más dificultades. O nos compenetramos, ayudándonos unos a otros, o estamos destinados a perecer.

—Mire, no necesitamos a este tipo para nada.

—¿Tú crees? De acuerdo, entonces, ocúpate de conseguir algo de comer. Eres el más joven de todos nosotros, el más fuerte. Intérnate

en la arboleda, y tal vez puedas cazar algo.

La sola idea de sumergirse en aquella selva de pesadilla, hizo que las piernas del ayudante comenzasen a temblar.

—¿No te decides? —le aguijoneó el profesor.

—¿Sin armas, quiere que me meta ahí?

—Bueno, puedes fabricarte una lanza. Con un palo puntiagudo, Parker ha matado a esa bestia enorme, así que...

Conway no replicó, pero tampoco dio un solo paso.

Entonces vieron acercarse a Jack, a lo lejos, con el perrazo brincando a su alrededor. Llevaba algo grande y oscuro sobre el hombro...

Cuando estuvo más cerca, vieron que era un ave cubierta de un plumaje plomizo. La arrojó al suelo y gruñó:

—Espero que sea comestible. En todo caso, no hay otra cosa, así que ustedes verán.

Wallis examinó el enorme pájaro, y exclamó:

—¡Increíble! Parece una de nuestras palomas, sólo que infinitamente más grande.

Jack masculló, sentándose a la sombra:

—«Es» una paloma, profesor.

—¿Qué?

—Estaba arrullándose con otra, en la copa de un árbol. Su sonido era el de las palomas que se conocen en nuestro mundo, aunque más poderosos, claro. Lo curioso fue el comportamiento del otro ejemplar. Vio caer a su compañero, y apenas se movió. Luego, planeó hasta el suelo para cerciorarse de que éste estaba muerto. Hubiera podido matarlo también con suma facilidad, pero pensé que era preferible dejarla vivir. Tanta carne se nos hubiera estropeado. Al fin, levantó el vuelo y se marchó.

—Sorprendente.

—Sólo se asustó un poco ante los ladridos de «Blackie», pero no demasiado. No puedo comprender a estos animales.

—El caso es que tenemos comida. Hay que desplumarlo, así que manos a la obra, Jane. Y tú también, Jim. Aquí hay trabajo para un regimiento.

Parker levantó la mirada. El resplandor azulado era caluroso, pero no cegador. Además, la atmósfera era tan limpia y vivificante, que incluso en pésimas condiciones físicas, uno podía llenarse los

pulmones de aire y sentirse revivir.

Comieron al fin, después de asar la gigantesca paloma.

Su carne era áspera y fibrosa, pero de un gusto delicioso y fuerte.

Wallis, comentó:

—Apostaría a que la fuerza nutritiva de esta ave es infinitamente más completa que en la Tierra...

Acababan de dar cuenta de una buena parte del pajarraco, cuando Parker se quedó rígido como un poste, tenso, la mirada brillante y el oído atento.

—¿No oyen? —exclamó—. ¡Escuchen eso!

Se percibía un lejano zumbido. Era algo sordo, poderoso.

—¿Qué cree usted...?

—¡Un motor! —jadeó Wallis—. ¡Es el sonido de un motor!

—¡Hay hombres aquí! —chilló Conway, levantándose de un salto.

Jane sollozó. Hacía horas que sentía un nudo en la garganta, unos deseos infinitos de llorar, y ahora ya no pudo contenerse más, y estalló en sollozos.

Sólo Parker permaneció tranquilo. El estaba acostumbrado a confiar muy poco en los seres inteligentes.

Por lo menos, en los que conociera antes de la absurda aventura.

El zumbido creció en intensidad hasta vibrar llenando la atmósfera.

Y de repente, como un cataclismo, una gran esfera plateada apareció por encima de las colinas pétreas, flotando velozmente en el espacio.

Pasó sobre ellos con un ensordecedor aullido, giró en una magnífica parábola, y se alejó hacia el sur de la llanura.

La siguieron con la mirada, sobrecogidos dé emoción. La vieron empequeñecida, en la distancia, evolucionar otra vez, y regresar a la misma fantástica velocidad.

Volvió a pasar casi encima de ellos, mucho más bajo, agitar las altísimas copas de los árboles y, al fin con un agudo silbido, estremecerse y parar.

Quedó flotando allá arriba, como una pelota colosal en el aire.

Entonces se abrió una pequeña escotilla, y por ella descendió una estrecha escalera articulada.

Y el primer hombre apareció.

CAPITULO V

El aparecido era delgado y alto, tenía largas piernas y estaba cubierto por una especie de funda de color gris plateado, como metálica.

Empezó a descender con enorme agilidad. Tras él surgieron otros, que le siguieron velozmente.

Cuando el primero llegó al suelo, les miró. Pudieron verle el rostro. Era aplastado, con ojos redondos, carentes de pestañas y cejas. No tenia el menor asomo de pelo, y su monda cabeza relucía bajo el sol.

Conway sintió que le castañeteaban los dientes, mientras Wallis avanzaba instintivamente al encuentro del extraño ser que caminaba como un ser humano cualquiera.

Inesperadamente, Jane se dejó vencer por todas las tensiones acumuladas durante tanto tiempo, y con un chillido histérico, echó a correr, alejándose cada vez más.

Jack, gritó:

—¡Jane, vuelve aquí!

«Blackie», tras un ligero titubeo, emprendió una veloz carrera detrás de la muchacha, y Parker ya no esperó más. Se lanzó también en su persecución para evitar que cometiera cualquier tontería, o que tuviera un mal encuentro con cualquiera de los seres monstruosos que parecían poblar ese mundo de pesadilla.

Tras él oyó los gritos del profesor, pero Jane estaba cada vez más lejos, con el perrazo trotando a su lado, y no volvió siquiera la cabeza.

Al fin logró darle alcance, jadeando. Cuando la tocó para tratar de detenerla, ella lanzó un quejido y se dejó caer redonda sobre la blanda hierba.

«Blackie» aún dio algunos saltos a su alrededor, y al fin se detuvo con la lengua colgando.

Jack gruñó:

—Si ya has hecho tu ejercicio del día, mejor será que regresemos, Jane. Tu padre y Conway pueden necesitarnos.

Ella se cubrió la cara con las manos, sollozando.

Las zarzas y matorrales habían destrozado sus ropas, pero ni siquiera lo advirtió.

Parker miró atrás. En la lejanía, podía distinguir la esfera detenida sobre los árboles, pero nada más.

Y mientras estaba mirándola, la esfera se elevó con creciente zumbido, y en unos segundos hubo desaparecido en el horizonte.

Sólo entonces la muchacha reaccionó.

—¡Papá! —gimoteó.

Jack estaba furioso.

—Si no te hubieses comportado como una estúpida, habríamos podido ayudarle. ¡Vamos, levántate!

—Jack, no puedo soportarlo más. Vamos a morir aquí… nos matarán…

—¿Quiénes?

—Las bestias, esos hombres extraños…

—No tenían nada de extraños, sólo su cabeza pelada. ¿Quieres levantarte de una vez o te dejo aquí?

Ella elevó su mirada. Vio la camisa de él convertida ahora en simples jirones. Los restos de su chaqueta colgaban de sus hombros lastimosamente, y de sus pantalones no quedaba mucho, tampoco. La loca carrera entre los arbustos había hecho todo aquel trabajo.

Y entonces se miró a sí misma y se quedó sin aliento.

El dijo:

—No empieces a lamentarte por los destrozos. Dentro de algún tiempo, sospecho que andaremos como Adán y Eva. Bueno, qué decides, ¿vienes o te quedas?

—¿Me abandonarías ahora?

—Ya puedes jurarlo.

No la ayudó a incorporarse. Ella lo hizo temblando, tambaleándose, y ambos emprendieron el regreso a buen paso, con el perro precediéndoles.

Del profesor y de Conway no había el menor rastro.

La muchacha lanzó un grito de espanto.

Parker gruñó:

—Se los han llevado.

—¡Los matarán, como a nosotros!

Estaba al borde de la histeria.

—Si hubiesen querido matarlos, lo habrían hecho aquí mismo, ¿no te das cuenta? ¡Deja de llorar, maldita sea!

—¡Eres un monstruo! —chilló Jane— ¡No tienes sentimientos, ni

siquiera cuando vamos a morir!

El suspiró, volteó la mano y la abofeteó con violencia.

Los golpes sacudieron a la muchacha de arriba abajo. Dejó de llorar, y sus rodillas se doblaron hasta que se derrumbó, mirándole con ojos desorbitados.

Poco a poco, él se tendió a su lado, rodeándole los hombros con su brazo.

—Lo siento —susurró—. No había otra manera de hacerlo. No quise lastimarte, pero…

—Me golpeaste… tú…

—Jane, no dramatices. Estabas histérica. Y quiero decirte que nada de lo que hablaste con Conway es cierto. Te quiero, a pesar de que estemos sumergidos en esta pesadilla.

—¡Vaya momento que eliges para decírmelo!

—Necesito hacerte olvidar el miedo, los terrores, todo lo que te ha conducido a comportarte de este modo histérico.

—¿Tu declaración es sólo un pretexto para que me calme?

El sonrió, mirándola fijamente.

—Sabes bien que no. Te amo, con histeria o sin ella, en éste y en cualquier mundo. ¿No quieres darte cuenta?

La estrechó entre sus brazos casi con violencia. Encontró sus labios y los estrujó con un beso feroz, que parecía querer posesionarse de su voluntad, de toda ella.

Luego, con la cara pegada a la de él, Jane susurró:

—Sabré adaptarme, querido, te lo prometo. ¿Crees que papá estará con vida aún?

—Si se lo llevaron es que no tenían intención de matarlo, por lo menos de inmediato.

—Nunca me abandones, Jack…

—Confía en mí.

A corta distancia, «Blackie» se había tendido sobre la hierba y los miraba con sus grandes ojos húmedos, aburrido, o quizá fastidiado por aquella pérdida de tiempo que no comprendía.

* * *

Caminaron todo el resto del día, manteniendo siempre la misma dirección, aquella hacia la que él viera desaparecer la esfera

plateada.

Remontaron cerros y descendieron valles, hasta que la oscuridad cayó, impidiéndoles seguir adelante.

Entonces, él construyó una rudimentaria choza de hojas y palos, encendió una fogata, y se tendió junto a la muchacha.

«Blackie», tan agotado como ellos mismos, se tiró sobre la fresca hierba, bostezó, emitió una serie de gruñidos y cerró los ojos.

—Me he portado bien, ¿no es cierto, Jack? —susurró Jane, sintiéndose segura ahora entre sus brazos.

—Maravillosamente, aunque debes estar al borde del agotamiento.

—Pero lo he resistido...

—Descansa ahora. Yo mantendré el fuego encendido.

—Tú también necesitas descansar.

—Cuando el sueño me venza te llamaré.

Tan pronto la muchacha recostó la cabeza sobre la hierba, quedó profundamente dormida, aplastada por el feroz cansancio.

El la contempló con toda la ternura de que era capaz.

Sobre el cuerpo de Jane quedaban jirones de lo que fueran sus sofisticadas ropas. Multitud de rasguños cruzaban su piel suave, y toda ella tenía una apariencia primitiva, vital y sugestiva.

Jack sonrió en la oscuridad, porque en lo tocante a atuendo más o menos civilizado, él tampoco podía presumir.

Llevaba el torso desnudo, musculoso y fuerte. De los pantalones restaba lo suficiente para quedar algo semejante a unos «bermudas» más o menos reducidos, y sus zapatos no estaban en mejores condiciones.

Pero conservaba el cinto con la pistola, y los dos cargadores de repuesto en sus fundas reglamentarias.

¿Reglamentarias?

En ese nuevo mundo no habría muchas ocasiones de someterse a reglamento alguno.

Avivó el fuego, luchando con la terrible pasión de sueño que le asaltaba a impulsos del cansancio.

Insensiblemente, se quedó dormido.

CAPITULO VI

Despertó, sobresaltado, oyendo un extraño crujido intermitente en alguna parte.

Se incorporó, y su primera mirada fue para la muchacha.

Ella dormía apaciblemente. Su respiración era acompasada, tranquila. Tenía un brazo extendido, que descansaba sobre el cuerpo de «Blackie», tan dormido como ella misma.

El extraño crujido le hizo girar en redondo, para extender la mirada más allá del improvisado albergue que había construido.

Lo que vio le dejó paralizado de estupor.

Había un enorme árbol solitario, que ya viera al caer la brusca noche.

Y al pie del árbol, erguido sobre su extremidad posterior, un ser colosal roía apaciblemente la corteza superior del tronco y las ramas más tiernas de árbol.

Era semejante a un gusano cubierto de largos pelos, con manchas multicolores por todo el blando cuerpo. Calculó que tendría más de tres metros de longitud, y el grueso de una serpiente pitón.

A su mente acudieron imágenes de ilustraciones contempladas en sus años de escuela. Gusanos multicolores, cada uno con sus peculiares características, predecesores de hermosas mariposas...

Sólo que aquéllos apenas rebasaban la pulgada de longitud.

El monstruoso ejemplar que se alimentaba, ajeno a cuanto le rodeaba, resultaba tan asombroso que ya ni siquiera le produjo el menor pánico.

Incluso con su colorido, hubiera podido calificarlo de hermoso, si no fuera por su tamaño, y la ignorancia del daño que pudiera causarles.

Recogió la aguda lanza, y tanteó la pistola, para asegurarse de que aún estaba en su cinto. Tras esto, sacudió suavemente a la muchacha.

—Jane...

—¿Eres tú, Jack?

—Buena pregunta. ¿Esperabas a otro, esta mañana?

—Tonto.

Se desperezó, abrazándole.

El murmuró:

—No tengas ningún miedo, porque creo que es inofensivo, pero mira hacia atrás.

Ella se envaró, pero giró la cabeza.

Contuvo un grito de estupor.

—¿Qué te parece? —dijo Parker.

—Es... es increíble.

—Un gusano, ni más ni menos. Ahora no cabe duda. Tu padre tenía razón cuando catalogó aquellos monstruos como lombrices...

—¿No nos atacará?

—Eso es algo que no podemos saber. ¡Eh, «Blackie...»

El perro gruñía porque acababa de descubrir también al vistoso roedor de corteza.

Fascinada, la muchacha no podía apartar la mirada de aquel estallido de colores vivientes.

—Veamos qué hace —dijo Jack, tomando un pequeño trozo de rama.

Lo lanzó sin fuerza hacia el extraño ser. Le dio blandamente en el cuerpo, y el corpachón peludo se retorció violentamente. Cayó sobre el suelo y, contorsionándose a gran velocidad, huyó.

—Lamento haberle estropeado el desayuno —comentó Park.

—No trates de bromear, Jack. No hay nada humorístico en lo que nos rodea.

—Pero necesito animarte un poquito, amor mío. ¿Qué tal si empezamos a preocuparnos del desayuno nosotros también?

Al fin, ella sonrió. Parker no podía apartar la mirada de su bellísimo rostro, ahora sorprendentemente tostado por aquel sol azulado.

Y sin poder contenerse, se inclinó sobre ella y la besó largamente.

Poco después reanudaban la marcha, siempre hacia lo que suponían era el sur de aquel mundo, la misma dirección por la que viera desaparecer la nave esférica, en cuyas entrañas debieron viajar el profesor y su ayudante...

* * *

A media tarde oyeron el rumor de agua. Fue algo que, a pesar de haberlo estado deseando, les sorprendió tanto como el resto de lo que llevaban visto hasta entonces.

—¡Un río! —jadeó la muchacha.

Echaron a correr a pesar del cansancio, con «Blackie» ladrando

ante ellos.

No era un río propiamente dicho, sino más bien un estrecho torrente de aguas tumultuosas, que se deslizaban velozmente en la misma dirección que ellos seguían.

El agua era cristalina, aunque tenía un color extraño, al reflejar la azulada atmósfera.

El perro hundió las patas en ella y bebió glotonamente, y ellos no titubearon en imitarle.

Estaba fresca, y era tan pura que resultaba una delicia el beberla.

Cuando hubieron saciado su sed, Jack comentó:

—Se me ocurre que el aire y el agua de la Tierra debieron ser como éstos, en los albores del mundo: limpios, puros, vivificantes...

—Descansemos aquí, Jack.

—Me parece una buena idea.

Se tendieron a la sombra de unas grandes hojas de color verde oscuro, y ella murmuré:

—Jack, ¿crees realmente que podremos adaptarnos a esta vida?

—Estoy seguro. Todo consiste en no dejarnos llevar por el miedo ni el desaliento, en aceptar las circunstancias tal como son... y en estar juntos. Imagino que la primera pareja que pobló la Tierra debió sentirse poco más o menos como nosotros ahora.

—Por lo menos, en cuanto a los vestidos, si —dijo Jane.

El se incorporó sobre un codo, mirándola alegremente, asombrado.

—¿Te das cuenta, querida mía? Has recobrado el sentido del humor. Eso es importante.

—Entonces, dame el premio que he ganado.

—Claro, claro...

Unieron sus labios, y permanecieron estrechadamente abrazados durante mucho tiempo.

También la sensación .de amarse tenia otras dimensiones para ambos. Era algo más profundo, casi solemne,

Todo allí era limpio y pletórico de vida, incluso el amor.

Aún aprovecharon, más tarde, el resto del día para avanzar siguiendo el curso del agua.

Hicieron algunos descubrimientos, a medida que proseguían su camino.

El curso del torrente se ensanché paulatinamente hasta

convertirse en un río ancho, de aguas plácidas. Y la vegetación cambió.

Aquel extraño mundo de formas colosales y oscuras, algunas completamente negras, quedaba atrás, Atora todo era verde, con un verde intenso y brillante. Los árboles, aun conservando sus formas colosales y fantásticas, tenían más semejanza con los de la Tierra. Y junto al río, crecían helechos y juncos, y el musgo era espeso, y la hierba jugosa como un inmenso prado de césped esmeralda.

Jane miraba todo aquello con ojos extasiados, olvidando el miedo y los temores, sólo ensombrecido su asombrado entusiasmo por el recuerdo de su padre y Conway.

Cuando cayó la noche, estaban en una explanada a un tiro de piedra de una intrincada arboleda, con el río a su derecha y una barrera ondulada y rocosa al frente.

—Jack.

—Dime, querida.

—Me gustaría quedarme aquí.

—¿Qué?

—En este lugar, quiero decir. Creo que el paraíso original debió ser algo semejante, ¿no te parece?

El sonrió, secretamente satisfecho de que ella reaccionara tan bien.

—Podemos permanecer aquí todo el tiempo que desees, por lo menos, hasta que hayamos descansado todo lo que ambos necesitamos.

—Pero, ¿y papá y Conway?

—Por supuesto, trataremos de localizarlos, si aún están vivos. Pero creo que debes hacerte a la idea de que, sea lo que fuere lo que les haya sucedido, el hecho de ¿fue nosotros lleguemos hasta ellos unos días más tarde, no cambiará nada.

—Tú también crees que están muertos, ¿no es cierto?

—Realmente no creo nada, aunque la situación, para ellos, no parece muy satisfactoria.

Ella suspiró.

—¿Deseas, de veras, quedarte aquí un tiempo?

—Sí, Jack.

—Entonces, habremos de procurarnos un albergue y ciertas comodidades.

Esa primera noche la pasaron sólo guarecidos por las gigantescas hojas verdes de una planta desconocida.

Después, en los días que siguieron, y mientras «Blackie» trotaba de un lado a otro, explorando también sus dominios,

Parker construyó una sólida choza con troncos, lianas y hojas hábilmente superpuestas en el techo y las paredes.

También se proveyó de leña seca, una extraña madera que ardía con extraordinaria facilidad y en cambio dejaba una ceniza dura y oscura.

Fabricó un par de duras lanzas y, al quinto día, después de haber comprobado las dificultades que tenían para cazar los veloces pájaros que les servían de alimento, comenzó a pensar en otra fuente de provisiones.

Salió a explorar la cercana y tupida selva. En el fondo estaba sorprendido por la ausencia de animales, a pesar de que, durante las noches, se oían siniestros gruñidos en la espesura, el quebrarse del ramaje y, de vez en cuando, alborotos tremendos, que parecían producidos por terribles luchas.

Seleccionó duras ramas de un arbusto espeso que crecía sobre el roquedal, y fabricó un gran arco, y largas flechas.

Con ellas estuvo practicando durante dos días, disparando sin cesar contra el tronco de un árbol, en el que había grabado un pequeño círculo.

Cuando estuvo satisfecho de sus progresos, dijo:

—Ya «tamos en condiciones de emprender la guerra, amor mío.

Jane, con el cuerpo exquisitamente bronceado, más hermosa que nunca, sonrió.

—Me pregunto para qué quieres la pistola. ¿Necesitas fabricarte todo un arsenal de armas rudimentarias?

—¿Y las municiones, Jane? Dispongo de menos de tres cargadores. Cuando se agoten, adiós mi poder superior en este mundo. Además, las flechas no son un juguete, precisamente…

Inesperadamente, ella exclamó:

—¿Dónde está «Blackie»?

El dió un respingo.

Del perro no había el menor rastro.

—Supongo que no andará lejos —masculló—, aunque es la primera vez que se aleja tanto. Bueno, esta noche deberíamos variar

un poco de menú, querida. Pescaré algo, si los peces de este río son tan tontos que se dejan pescar.

—Jack... -¿Sí?

—Ven aquí.

El se acercó a la muchacha. Sus ojos se llenaron de su imagen adorable.

—Bésame —susurró Jane—. Sólo eso...

—No puedo desobedecer una orden como ésta.

La besó apasionadamente. Luego, silbando entre dientes, se fue hacia el río.

Ambos se habían adaptado, por lo menos psicológicamente, a su nueva situación.

El que se adaptasen por completo en todos los órdenes, era sólo cuestión de tiempo.

Parker estaba desesperándose ante sus fracasos como pescador, cuando oyó el grito de Jane.

Chapoteó en el agua y corrió como un gamo. La vio cómo acariciaba a «Blackie», que había vuelto, mientras dejaba escapar entrecortadas exclamaciones.

—Qué ocurre, ¿ya regresó el hijo pródigo?

—¡Oh, Jack, es increíble!

—¿Qué es increíble?

—Mira...

Ella tomó algo del suelo, y lo levantó en alto.

Era algo peludo, gris.

Parker sintió que se le cortaba la respiración.

Aquello era un conejo.

Un conejo de monte, de buen tamaño.

No podía creerlo.

Al tomarlo de manos de la entusiasmada muchacha, advirtió algunas diferencias entre ese ejemplar y los terrestres. En primer lugar, las orejas eran más cortas y más anchas. Después, los cuartos traseros se veían más desarrollados y mucho más robustos.

—¡«Blackie» lo trajo! —dijo Jane, acariciando al perro.

—Cuando se dignó hacernos tal obsequio imagino que él se zampó antes, por lo menos, un par de estos ejemplares.

—Pero, Jack, ¿cómo es posible que haya conejos en este mundo?

—Bueno, no pretenderás que en la Tierra detentásemos la

exclusiva de todas las formas de vida del universo... El caso es que este animal nos abre infinitas posibilidades. Debe haber caza en el bosque. Tenemos resuelto el asunto del suministro.

Fue otro motivo que elevó su moral.

«Blackie» parecía estar satisfecho porque era cierto que antes de decidirse a obsequiarles con el conejo de extraña apariencia, se había dado el gran banquete con otros dos parecidos...

CAPITULO VII

—¿Sabes cuánto tiempo llevamos aquí Jane?

Ella cabeceó, asintiendo.

—Yo también tengo reloj, querido. Y no ceso de vigilarlo para que no se pare...

—Tres semanas terrestres, ni más ni menos. ¿No crees que ya es hora de reanudar nuestro camino?

Jane asintió, pero no pudo evitar mirar con nostalgia esos parajes en los que había sido plenamente feliz...

De que a la mañana siguiente, apenas el sol desparramó su luz, se pusieron nuevamente en camino. Incluso «Blackie» parecía abandonar el lugar de mala gana.

Atravesaron las colinas. Al otro lado de ellas, el paisaje se volvió más bronco, como atormentado por dolores geológicos.

Secretamente, Jane comenzó a lamentar haber dejado atrás el verde valle donde había sido feliz.

Al tercer día de marcha, se enfrentaron con las abruptas laderas de unos montes rocosos, salpicados por verdes manchas de vegetación.

Parker los contempló, sombrío.

Atravesarlos, coronándolos, sería una marcha agotadora. Habría que buscar un paso más fácil.

Al cerrar la noche encendieron una gran fogata, como de costumbre. Se acostaron con «Blackie» tendida a sus pies.

Parker ignoraba cuánto tiempo llevaba dormido, cuando le despertó el escándalo de «Blackie», con sus fieros gruñidos.

Se levantó de un brinco, viendo, en la oscuridad, al animal debatiéndose contra algo más grande que él.

El resplandor de la fogata no llegaba hasta el lugar de la lucha.

Los gruñidos del perrazo eran cada vez más salvajes.

Jane despertó también.

—¿Qué sucede?

—«Blackie». Está luchando contra algo...

—¡Por Dios, llámalo!

—¡«Blackie», suéltalo, ven aquí! -—gritó Jack.

El revuelo, en la oscuridad, se prolongó casi un minuto más. Parker decidió intervenir, como fuera, ya que el perro no parecía dispuesto a soltar su presa.

—¡«Blackie», maldita sea, déjalo!

Al fin, el perro soltó su presa y retrocedió a regañadientes, frotándose contra sus piernas.

Parker oyó unos pasos veloces, que se alejaban a la carrera.

—¡Un hombre! —exclamó—. ¿Oyes? ¡Son pasos, Jane!

El trote rápido se extinguió en la distancia.

—¿Estás seguro? —jadeó la muchacha.

—No pude verlo, desde luego. Pero oí los pasos. Ningún animal correría de ese modo. Quien fuera, se movía sobre dos pies. ¡Maldita sea, «Blackie», la hiciste buena esta vez!

Al amanecer, cuando se preparaban para reanudar el camino, oyeron el zumbido agudo de una de aquellas esferas plateadas. El sonido fue acrecentándose, a medida que la extraña nave se aproximó a donde estaban ellos.

Parker exclamó:

— ¡Corre, ocúltate bajo esos árboles!

Los dos se agazaparon allí, con el perro sujeto.

La esfera pasó casi sobre ellos, rugiendo muy bajo. Evolucionó luego frente a las escarpadas laderas de los montes y, al fin, remontándolas, desapareció al otro lado.

—Parecía como si buscaran algo —masculló Jack—. Tal vez estén buscándonos a nosotros.

—¿Crees que van a volver?

—Cualquiera sabe...

Antes de que hubiera terminado de hablar, otra esfera apareció, procedente de otra dirección distinta. También estuvo flotando cerca de las laderas, y luego se fue, siguiendo.

—¿No lo habías advertido?

—Los había oído gruñir, pero es cierto que no rugen, no

parlotean como los de la Tierra... ¿Quieres decir que son mudos?

—No lo sé, pero ni siquiera el jaguar que mataste lanzó ningún rugido, al ser atacado. Sólo emitió una especie de gruñido sordo.

—Es algo sobre lo que reflexionar, evidentemente...

De pronto, «Blackie» dio un brinco y empezó a ladrar desaforadamente.

Instintivamente, Parker se incorporó, agarrando su arco.

Lo que vio paralizó todos sus miembros. Oyó la exclamación de temor de Jane, pero toda su atención estaba fija en el grupo de seres humanos que habían aparecido a su derecha, entre las peñas.

—¡Hombres! —jadeó.

Pero eran distintos de los que vieran descender de la nave esférica. Estos tenían la piel mucho más oscura, mostraban un vello áspero en el pecho y, sobre sus cabezas, había un cabello áspero y ralo.

Empuñaban unos cortos garrotes, y su actitud era tanto expectante como agresiva.

Empezaron a gesticular, cambiando feroces miradas entre ellos.

Jack calculó que habría unos cincuenta, y ese descubrimiento no le tranquilizó, precisamente.

—Colócate al amparo de ese saliente, Jane. No sabemos cuáles son sus intenciones.

—¿Y tú?

—Ya no podemos huir. Nos alcanzarían fácilmente. Hay que esperar a ver cuáles son sus intenciones.

—Jack...

—Ocúltate. Es a ti a quien señalan.

—Parecen... negros.

—No digas tonterías. Sólo tienen la piel un poco más oscura que nosotros. Únicamente sus facciones son achatadas. Podrían parecerse a los papúes de nuestro mundo, en todo caso.

La muchacha se deslizó hacia el escondite, llevándose al perro con ella.

Entonces, el grupo de extraños se puso en movimiento. Avanzaron como unos veinte metros, y volvieron a detenerse, gesticulando desaforadamente.

El aguardó hasta que se aquietaron. Todos se volvieron hacia el hombre que esperaba, erguido, sobre la roca.

Entonces Parker, gritó:

—¡Somos amigos, no queremos hacerles ningún daño!

Sabía que era absurdo. Ellos no entenderían su idioma.

Pero su voz, retumbando en el silencio, les impresionó más que un terremoto. Primero iniciaron un movimiento de retroceso, pero luego uno de ellos volvió a gesticular a gran velocidad, señalándole y señalándose a sí mismo. Parecía una asamblea de mudos.

Y, realmente, no emitían ningún sonido.

Era como si, en ese mundo increíble, nadie tuviera voz.

De pronto, el corpulento individuo gesticulante avanzó. Blandía su corto y sólido garrote, y no dejaba duda de sus intenciones.

Iba a atacarle.

Jack vaciló. Quería entenderse pacíficamente con los pobladores de ese mundo de pesadilla. Si mataba a alguno de ellos, atraería sus iras, y debía pensar en Jane...

Pero si permanecía inactivo, y era atacado, no tendría la menor esperanza.

El extraño individuo llegó a diez pasos de distancia, y se detuvo, señalándole con el garrote, moviendo las manos a un ritmo endiablado.

Parker gritó:

—¡No entiendo tu lenguaje! Pero no quiero pelear.

De nuevo su voz causó una pequeña conmoción en el grupo. Incluso el más próximo pareció titubear.

Pero luego, consciente de que estaban observándole todos sus compañeros, se lanzó ferozmente al ataque.

El garrote silbó sobre su cabeza cuando describió un centelleante molinete. Luego, el golpe casi rozó a Parker, aunque éste saltó de costado con la velocidad del rayo.

Jane se asomó lo justo para verles. Su corazón dejó de latir, ante el salvaje combate que se iniciaba.

Jack exclamó:

—¡Maldito estúpido! ¿Es que no comprendes? ¡No quiero luchar contigo!

De nuevo, el hombre de piel cobriza saltó sobre él, descargando un terrible mazazo.

Los bien entrenados reflejos de Parker le salvaron una vez más, esquivando el golpe. En su fuero interno agradeció los implacables

entrenamientos a que fuera sometido en su mundo, en el organismo secreto al que perteneciera.

El hombre se detuvo unos segundos, mirándole perplejo por el hecho de que su enemigo no presentara combate. Luego, enfurecido, se lanzó a la carga, moviendo su arma primitiva como un molinete.

Jack esquivó, se lanzó rodando fuera de su alcance y, levantándose como si rebotara, sintió que la ira le dominaba. Tiró el arco a un lado, y esta vez aguardó.

El otro pareció comprender que al fin iba a conseguir lo que quería. Atacó, descargando un mazazo de arriba abajo, capaz de desnucar un buey.

Parker lo esquivó una vez más, gracias a su extraordinaria agilidad, pero casi con el mismo movimiento, atacó.

Cayó sobre su enemigo con todo su ímpetu, descargando un trallazo con la zurda de abajo arriba. Casi simultáneamente, le machacó el hígado con la derecha, y sintió cómo su puño se hundía en la dura carne.

El salvaje se encogió sobre sí mismo, sacudiendo la cabeza, no le dio cuartel. De un puntapié le dobló todavía más y, tras esto, descargó un feroz hachazo con el borde de la mano contra la indefensa nuca.

El hombre rodó por el suelo, soltando su garrote. El le levantó de un tirón. El individuo tenía los ojos turbios, y trataba de afianzarse sobre sus musculosas piernas.

Volteó el brazo y esta vez le clavó el puño en mitad del rostro. Sabia cuánto desconcierta al enemigo la sangre, y a ése le brotó como un torrente de su nariz aplastada.

Parker era mucho más ágil que su adversario. Estaba entrenado a fondo, y los instructores hablan hecho un buen trabajo en el inmediato pasado. Ahora no le temía a ninguno de aquellos silenciosos nativos, mientras no decidieran atacarle todos a la vez.

Agarró al vencido que sacudía la cabeza, semiconsciente, lo levantó en vilo y acabó arrojándolo peñas abajo.

Lo vio rodar como un muñeco hasta detenerse contra una roca, donde golpeó con un impacto tremendo, y se quedó quieto.

Jane no pudo contener un grito de alivio.

El dijo:

—Sigue ahí, no salgas aún.

—Jack, ¿por qué no disparas contra ellos? Quieren matarte.

—Yo no quiero matar a ninguno, si puedo evitarlo. Necesitamos ayuda, y lo que realmente quiero es entenderme con esta gente.

—¡Pero no hablan tampoco!

—Son demasiados...

—¡Ocúltate!

Se daba cuenta de que aquellos primitivos individuos peleaban por ella. La habían visto y, sin duda, en ese mundo, los instintos primarios eran semejantes a los de la Tierra. Además, nunca en su vida debían haber visto una mujer de piel dorada, tan maravillosamente bella como Jane. Por eso debía defenderla a cualquier precio. Incluso matando si le obligaban a ello.

Parecían deliberar, gesticulando.

De una grieta surgieron otros, y el grupo se hizo compacto. Parker comenzó a preocuparse seriamente, por cuanto ahora eran por lo menos setenta los enemigos que tenía delante.

Repentinamente, parecieron ponerse de acuerdo y avanzaron pegados el uno al otro. Llegaron junto a su compañero caído y, con absoluta indiferencia, pasaron sobre él sin siquiera dirigirle una mirada, pisoteándolo como si no existiera.

Jack sintió un terrible escalofrío. Aquellos seres carecían de sentimientos. Eso le hizo comprender que no le darían cuartel.

Recogió el arco, montó una flecha, lo tensó y, casi sin apuntar, disparó contra el grupo.

La flecha se enterró en el pecho de una de aquellas criaturas. Abrió los brazos y boqueó, sin que ningún sonido saliera de sus labios.

Los otros le miraron, asombrados, hasta que se desplomó. Luego reanudaron el avance.

Parker maldijo en voz alta, retrocediendo hacia donde estaba Jane. No tenía flechas suficientes para entablar un combate. A decir verdad, tampoco balas.

—No me dejan opción —masculló.

Empuñó la pistola cuando el grupo llegaba a veinte metros de él, y seguía avanzando, blandiendo sus garrotes.

Desde la cintura, disparó.

En el inmenso silencio de ese mundo, el rotundo trueno del arma pareció un cataclismo. Al mismo tiempo, uno de los que avanzaban

pegó tal salto que derribó a los que estaban inmediatamente detrás de él.

La bala casi le había arrancado la cabeza.

Los otros le rodearon. Ahora sí estaban impresionados al parecer, aunque Jack no sabía si por la fulminante muerte de su camarada o por el tremendo ruido de la pistola.

Disparó por segunda vez, y hubo un remolino en el grupo, cuando otro se desplomó en medio de los demás. El eco del disparo se multiplicó hasta perderse en la lejanía.

Inesperadamente, aquellos seres primitivos echaron a correr y, en un instante, hubieron desaparecido por la ancha grieta de la que surgieran.

—¡Huyen! —gritó Parker—. ¿Te das cuenta? ¡Huyen!

Jane salió de su refugio. «Blackie» no parecía muy conforme con el hecho de que ella le sujetara firmemente.

—Has tenido que matarlos… —susurró.

—Ya viste que no me dejaron ninguna otra alternativa.

Corrió hacia el primer caído, el que había peleado con él cuerpo a cuerpo. Tenía el rostro tumefacto, y distintas heridas en el cuerpo, producidas por sus golpes contra las afiladas rocas, pero vivía.

—Intentaré hacerme comprender, cuando recobre el conocimiento. Pero tú mantente alejada de él, y mejor que no te vea.

—¿Y si vuelven?

El se encogió de hombros y gruñó:

—Las municiones no van a durar mucho tiempo.

Su voz tenía un tono fatalista.

Se inclinó sobre el caído, examinando sus facciones.

Realmente, eran las de un ser primitivo, como debieron ser las de los salvajes pobladores de las selvas amazónicas, en los albores de la humanidad, por ejemplo.

Era de corta estatura, pero extraordinariamente musculoso. En su cuerpo había infinidad de cicatrices.

—No es una belleza, precisamente —gruñó entre dientes.

Vio que respiraba pesadamente, y se apartó de él para reunirse con Jane, en su escondite. «Blackie» se quedó de pie sobre el saliente rocoso, vigilando.

—Cuando haya hablado con ese hombre, si es que logro hacerme entender, mejor será que nos alejemos de aquí, y pronto. Si le

pierden el miedo al estruendo de la pistola, estamos perdidos...

—Entonces, vayámonos ahora, Jack.

—Quiero tratar de saber algo de este mundo, pequeña. Tal vez, con un poco de paciencia y habilidad, consiga hacerme comprender por él.

«Blackie» comenzó a gruñir sordamente. Luego, emitió una suerte de quejidos, y se deslizó rápidamente hacia donde estaban ellos.

—¿Qué diablos le pasa ahora?

En dos saltos, Jack se encaramó sobre aquella especie de mirador.

Y una vez más, todo el horror del mundo pareció culebrear en sus nervios, paralizándolo.

CAPITULO VIII

Una masa parda se deslizaba de roca en roca hacia el caído.

Era tan grande como un caimán de la Tierra, pero su cuerpo parecía la coraza de un tanque y brillaba con tonos opacos.

Su cabezota era una verdadera pesadilla, prolongada por las curvas tenazas de sus mandíbulas. Semejante, en cierto modo, a las voraces tijeretas de los campos, aquella monstruosidad era lo más horrible que viera, desde que estaban en ese mundo de seres espeluznantes.

Jane exclamó:

—¿Qué sucede, Jack?

—¡No te muevas y sujeta al perro!

Atrapó el arco de un zarpazo y cargó una flecha.

La bestia estaba a pocas yardas del inconsciente salvaje.

Tensó el arco, y esta vez sí apuntó cuidadosamente, temeroso de fallar el tiro. Las mandíbulas erizadas de afilados dientes de sierra se abrían y cerraban constantemente.

Disparó, y la flecha se hundió en aquella brillante coraza.

La bestia se retorció violentamente, pero sin detenerse.

Frenéticamente, Parker disparó otra flecha, que también dio en el blanco, obligando al monstruo a dar una vuelta sobre sí mismo. Las flechas se rompieron cuando rodó a un lado, pero, con una monstruosa contracción, volvió a colocarse sobre sus robustas patas y, ahora con un torpe salto, se lanzó sobre su víctima.

Las tenazas apresaron el cuerpo inerte por la mitad. Sonó un

nauseabundo chasquido, y el desgraciado quedó partido en dos como si hubiera sido una masa de blanda mantequilla. Parker le vio aún cómo boqueaba, cómo sus ojos se desorbitaban, y luego la vida escapó del cuerpo cercenado.

Sintió tentaciones de echarse a gritar, de vomitar, de estar a mil millas de distancia…

La bestia parecía husmear la sangre. Parker, enloquecido, disparó una flecha tras otra contra aquella cosa sin nombre, acribillándola cuando ya hundía sus mandíbulas en el cuerpo muerto.

Al fin, erizada de flechas, la bestia cayó de costado. El vientre rojizo se agitaba atravesado por las flechas, y soltaba un líquido espeso, nauseabundo.

Parker se volvió de espaldas, se deslizó por las rocas y fue a reunirse con Jane.

Esta se asustó al ver su rostro pálido y desencajado.

—¿Qué ha pasado, Jack? —balbuceó.

—Mejor que lo ignores. Y vámonos de aquí.

La llevó dando un rodeo hasta un lugar desde el que no pudiera ver el espeluznante espectáculo. Entonces emprendieron la marcha, y ahora él mantenía los ojos atentos a la menor señal de peligro.

De pronto, gruñó:

—Nunca debimos abandonar nuestro valle, junto al río…

—Pero, ¿y papá y Conway?

—Sí, claro.

—Pero, Jack, ¿qué es lo que viste que te impresionó de ese modo?

El sacudió la cabeza y no replicó.

Avanzaron varias millas, antes de detenerse a descansar.

Todo lo que les rodeaba tenía tintes sombríos, hostiles. El más leve rumor hacía que Parker diera un salto y vigilara a su alrededor, con la pistola amartillada.

Así un día y otro, y una noche y otra más, descansando el tiempo justo para reponer fuerzas. Ignoraban qué distancia habían recorrido, pero controlaban los días, según su concepto del tiempo, guiándose por los relojes.

Apenas encontraban nada de caza, y el hambre y la sed, comenzaban a acuciarles, mientras el páramo desolado por el que se movían no parecía tener fin.

Cinco días después divisaron otra vez una vegetación verde, una barrera selvática, que parecía cerrarles el paso.

De nuevo, la esperanza pareció renacer en los dos.

* * *

El río de aguas profundas y mansas corría por el borde de la espesura.

Saciaron la sed, descansaron y reanudaron la agotadora caminata.

Tres días después, el característico zumbido de una nave esférica atronó el espacio. Ya apenas tenían fuerzas para sostenerse ni para buscar refugio...

La esfera plateada apareció, aproximándose velozmente. El perro comenzó a ladrar desaforadamente.

La nave perdió altura con rapidez, dio una vuelta completa alrededor de ellos, y al fin descendió, quedándose inmóvil a pocos metros del suelo, como flotando, ingrávida en el aire. El zumbido se hizo suave, apenas perceptible.

Jane balbuceó:

—Déjales que nos lleven, Jack. No podemos continuar así, y tal vez sepamos qué le sucedió a papá...

El asintió y sujetó a «Blackie», cuyos roncos aullidos rompían el silencio.

Vieron abrirse la escotilla y descender la escalera articulada. Luego aparecieron aquellos extraños seres, vestidos con sus ajustados atuendos grises.

Bajaron cinco de ellos. Cuando se les acercaron, Parker vio que sus rostros eran tan semejantes unos con otros que parecían gemelos. Tenían los ojos grandes y como hundidos en profundas órbitas. Sus bocas eran de labios delgados, y las narices muy semejantes a las de cualquier hombre de la Tierra.

Eran barbilampiños. No habla ni el menor asomo de pelo en sus rostros ni en sus mondas cabezas.

Enlazó los dedos de Jane en su mano, y esperó. El perrazo continuaba ladrando a los desconocidos.

Se detuvieron a pocos pasos de distancia, y uno de ellos, volviéndose, les señaló la nave.

Sin una palabra, Parker eché a andar, tambaleándose, llevando a

la muchacha y al perro.

La escalera articulada era de un extraño metal ligero, semejante al aluminio, pero tenia el aspecto de ser mucho más sólida que las construidas con esa ligera aleación.

Ayudé a la muchacha a encaramarse, notando un violento torbellino de aire a su alrededor, como si fuera este torbellino el que sostuviera a la sorprendente nave.

Luego, tomando el perro en brazos, empezó a subir él.

Estaba tan exhausto que apenas podía sostener al animal, y mucho menos sujetarse para subir.

Entonces oyó un grito de Jane. Todo empezó a girar a su alrededor, y él y el perro se desplomaron escalera abajo.

CAPITULO IX

Recobró el conocimiento, y miró a su alrededor.

Estaba en una estancia cuadrada, tendido sobre una especie de camastro blando y confortable.

En lugar de ventanas, había graciosos arcos abiertos. Una extraña emoción le invadió, porque por primera vez desde que había llegado a ese extraño mundo veía una construcción debida a la mano del hombre.

Oyó un sordo gruñido. «Blackie» se incorporó a su lado, evidentemente muy contento de verle despierto.

Le acarició. Se sentía débil, pero con la mente extrañamente lúcida.

Quizá fuera debido al alto contenido de oxígeno del aire.

Miró en torno, preguntándose dónde estaría Jane. Si a él no le habían causado ningún daño, era presumible que también hubieran respetado a la muchacha.

No había muebles en la estancia, sólo una sólida repisa de una piedra brillante semejante al mármol, y una especie de taburete, también de piedra, fijos en el suelo aquí y allá, en torno a la especie de cama en que yacía.

Se incorporó. Al ponerse en pie, sus piernas vacilaron, pero logró afianzarse sobre ellas, y caminó torpemente hacia uno de los enormes ventanales.

Y contuvo el aliento. Ante él se extendía una ciudad maravillosa,

rutilante bajo el sol. Todos los edificios eran blancos, construidos con aquella piedra brillante. Anchas avenidas, sombreadas por millares de enormes árboles la cruzaban en todas direcciones, y se veía una multitud de gentes desplazándose como hormigas.

Un tremendo silencio reinaba por doquier. Ni una voz, ni un rumor siquiera.

Sólo el silencio, tan compacto, que uno tenía la impresión de que podía tocarlo con la mano.

No había polvo, ni niebla, ni nubes. La atmósfera, brillante y limpia, reflejaba la extraña luz azulada del sol de ese mundo.

«Blackie» le avisó de una extraña presencia. Volviéndose, vio dos de aquellos seres silenciosos que les habían capturado.

Estaban parados en la entrada de la estancia, mirándole fijo con sus ojos sin expresión, con sus rostros que no reflejaban nada en absoluto.

El caminó hacia ellos. Al moverse, notó el peso y el golpeteo de la pistola y los cargadores en el cinto. Ni siquiera le habían desarmado.

—Les agradezco su ayuda —dijo—. Aunque imagino que no me comprenden.

Uno de ellos movió velozmente las manos y los labios, de los que no brotó ni un suspiro.

Era una especie de lenguaje de mudos, como si utilizasen el método de Braille de la Tierra.

Pero Parker conocía algunos de los signos, y pronto advirtió que no era así. Esa gente tenía su propio idioma mudo.

—Yo tampoco les entiendo.

Los dos se miraron.

El insistió:

—Díganme, cómo puedan, dónde está Jane. La mujer que me acompañaba. ¿Comprenden? ¡La mujer!

Describió en el aire, con un ademán, las graciosas curvas de un cuerpo femenino. En otras circunstancias, a él mismo le habría divertido esa gráfica descripción, pero entonces estaba roído por la impaciencia y el temor.

Sin embargo, resultó efectivo. Señalaron la entrada y salieron.

El les siguió, con el perro pegado a sus piernas. No se explicaba que no le hubiesen desarmado. ¿Qué clase de gente era aquélla? A menos, claro está, que ignorasen lo que era la pistola.

Recorrieron un amplio pasillo blanco, torcieron a la derecha y descendieron por una rampa en suave declive.

Finalmente, entraron en otro aposento, muy semejante al suyo propio.

Allí estaba Jane. Le hablan proporcionado un atuendo semejante al que ellos utilizaban, y estaba tratando de enfundarse en él, sólo que su busto era demasiado erecto y sus caderas demasiado rotundas, y la cosa no resultaba fácil.

Les miró y, al ver a Jack, sonrió:

—No logro entrar en esa cosa, Jack —dijo, con una alegría que él no le conocía desde que empezaran la descabellada aventura—. ¿Cómo estás tú?

—Débil…

—Son amables, Jack. Tan bondadosos que, cuando podamos entendernos con ellos, todo será fácil para nosotros.

—No estoy tan seguro. Ya no me fío de nada, en este mundo…

—Utilizan un lenguaje por señas, como los sordomudos. Pero no son sordos, en absoluto, sólo mudos. No lo entiendo. ¿Y tú?

—Mejor que dejes de pelear con ese vestido, o lo partirás por la mitad. Sin duda, no es tu talla.

—No los hay mayores. Todos ellos son muy semejantes entre sí. Deben fabricarlos con una talla uniforme…

—¿También para las mujeres?

Ella rió. Parte no recordaba haberla oído reír desde que abandonaron la Tierra.

—Te sorprenderás…

—¿De qué?

—De la escasa diferencia que hay entre hombres y mujeres. Apenas se les distingue y, con estos trajes, a mí todos me parecen iguales.

—Pero debe haber de los dos sexos. No creo que se reproduzcan por generación espontánea.

—Quizá sus nenes aparezcan debajo de una col.

—Has recobrado el humor, ¿eh? Pero yo estoy desconcertado, débil y hambriento, y nada de todo esto me sirve de estímulo. ¿Cómo has conseguido que te faciliten ropas?

—Mostrándoles mi cuerpo. A las mujeres, desde luego.

El gruñó. Recordó los días en el valle junto al rió y lo echó de

menos otra vez.

—¿Y de tu padre?

—Nada aún. Pero si a nosotros nos tratan así, a él tampoco deben haberle hecho ningún daño.

Parker advirtió, de pronto, la reconcentrada atención con que eran escuchadas sus voces. Los miraban fijamente, inmóviles, aunque no debían entender nada.

—Me pregunto cómo conseguiremos entendernos con ellos —refunfuñó.

—Es cuestión de tiempo. ¿Por qué no comes un poco?

—¡Comer! ¿Cómo he de hacer para pedirlo?

—Mira esa fruta.

Se volvió.

Sobre una repisa había un recipiente parecido al cristal, repleto de grandes frutos.

No se entretuvo en averiguar qué eran. Comenzó a devorarlos, llenándose la boca de su dulce jugo, saboreándolos. Tenían un gusto fuerte y exquisito, y una pulpa suave, que parecía licuarse en la boca.

De pronto, se volvió con uno en la mano, y dijo:

—Fruta, ¿entienden? Esto se llama fruta, en nuestro idioma.

Los dos impasibles individuos se miraron, desconcertados. Luego, uno de ellos realizó un complicado signo con ambas manos.

Jane dijo:

—Ese signo debe signicar «fruta», ¿no crees?

—Temo que jamás podré aprender esos complicados juegos de manos.

Siguió comiendo hasta que, con sorpresa, descubrió que con sólo tres frutos había saciado por completo su hambre.

Sin duda, contenían un asombroso poder nutritivo.

—¿Qué hacemos ahora? —refunfuñó—. Me ponen nervioso observándome con esa fijeza, en silencio.

—Tengo la esperanza de que nos enseñen a hablar por señas, y pronto.

Consiguió, al fin, introducirse en la mitad inferior del apretado traje.

Las mayores dificultades estaban en su busto. Si bien consiguió también enfundarse el traje en los hombros, le fue imposible cerrarlo por completo delante.

Quedaba un escote en «V» hasta el estómago, por el que amenazaban con escapar sus senos.

—Temo que es todo lo que puedo conseguir. ¿Se te ocurre algo, querido?

—Por mí, estás adorable así, de modo que no compliques las cosas. Si se escandalizan peor para ellos.

—No consideran el cuerpo con los mismos sentimientos que nosotros. Eso he podido advertirlo.

—Entonces, es que no son tan inteligentes como imaginaba.

Jane levantó la mirada hacia él. Sus ojos profundos y expresivos estaban llenos de ternura.

Vio al hombre que amaba con barba de semanas, el poderoso torso al descubierto, el complicado mapa en relieve de sus músculos resaltando bajo la piel curtida y tostada por la vida salvaje que habían llevado.

Sonrió.

—Si no fuera por la barba, querido, tendrías un aspecto fascinante.

—No te burles...

—Veamos cómo reaccionan.

Se acercó a él, y le besó largamente en la boca. Sintió una oleada de ternura y placer inundarla como una marea, pero cuando se apartó, comprobó que los dos individuos no parecían conceder la menor importancia a la prolongada caricia. Sus rostros seguían tan impasibles como carátulas de madera.

Parker gruñó:

—Quizá sea cierto que aquí no hacen el amor.

—Hay hombres y mujeres, recuérdalo.

El se encaró con los dos impávidos nativos.

—¿Qué esperan de nosotros?

Uno señaló los destrozados zapatos de Jack. Ellos iban descalzos, y descalza estaba también la muchacha.

—Comprendo, no pueden soportar la visión de esta ruina, ¿eh?

Se los quitó, dejándolos a un lado.

Ella enlazó sus dedos en la mano de Jack.

—¿Sabes en lo que pienso, querido?

—Ni idea, por supuesto.

—En que me gustaría saber cómo celebran las bodas en este

mundo.

Descendieron otra de aquellas rampas de suave inclinación. Esta describía un airoso arco y desembocaba en la planta baja del edificio.

Allí transitaban infinidad de personas, que les miraron a ellos y al perro con sus rostros inexpresivos, a pesar de que su presencia debía llenarte de estupor, sin la menor duda.

Después de un largo recorrido, se detuvieron ante un cortinaje de un tejido semejante al algodón.

Cuando sus guías levantaron el cortinaje, ambos entraron en una enorme estancia desierta. Les llevaron hasta el centro, dieron media vuelta y se fueron.

CAPITULO X

Parker se aproximó al ventanal, contemplando otra vez el impresionante espectáculo de la bellísima ciudad.

Tras él, la voz del profesor Wallis, dijo:

—Bien venidos, hijos míos. Siempre conservé la esperanza de que pudiéramos volver a reunimos.

—¡Papá!

La muchacha se arrojó en sus brazos.

Jack retrocedió hacia él, en el momento en que entraba8 también Jim Conway-.

—Profesor, toda esto resulta increíble. ¿Quiénes son estas gentes, lo sabe usted? ¿Ha logrado comunicarse con ellos?

—Más o menos rudimentariamente, sí. Su lenguaje no es difícil, cuando uno se detiene a analizar cada signo.

—¡Cuernos! Yo no puedo entender nada.

—Sólo es cuestión de tiempo. Les pedí que mandaran alguna de sus naves a buscaros. Estuvieron rastreando la mayor parte del planeta hasta localizaros. ¡Qué alegría siento de verte viva, Jane!

Parker gruñó:

—Ya que habla de un planeta, profesor, ¿sabe ya cuál es éste?

—Seguro.

Conway refunfuñó:

—Está loco. Se ha vuelto loco desde que llegó aquí.

Wallis les miraba con una leve sonrisa en sus labios. Sus ojos inteligentes parecían comprender lo sucedido entre los dos, o quizá

captaba el intenso amor que se desbordaba de su hija hacia aquel hombre fuerte, cuya estatura y musculatura casi doblaban las de los nativos.

—¿Y bien? —le urgió Jack—. ¿Qué extraño mundo es éste?

—La Tierra, hijo.

Se tambaleó. Aquello era realmente una locura. Conway tenía razón.

—Discúlpeme, profesor, pero no puedo creerle.

—Y, sin embargó es cierto. Por lo que he podido comprender en mis contactos con esos seres, no hay duda. Además, descubrí viejos manuscritos de historia antigua… Una antigüedad relativa, desde luego, porque para ellos es reciente, y para nosotros, remota…

—Pero su máquina nos trasladó, profesor. Nos llevó fuera de nuestro mundo.

—No, Parker, me equivoqué. Algo falló, que dejó el proceso interrumpido al iniciarse. Es cierto que la solidificación del torbellino atómico se produjo, de eso no hay duda. Pero no la traslación molecular. Antes de que ésta tuviera efecto, hubo un estallido. Calculo que las moléculas atómicas absorbieron los núcleos externos, suspendiendo la vida en torno, pero al mismo tiempo solidificando de modo increíble la materia inanimada…

—Todo esto no tiene sentido. Despertamos a los pocos minutos del estallido…

Wallis sacudió la cabeza.

—No, te equivocas. Hemos permanecido inertes dentro del torbellino molecular. Inertes durante miles de años. Cuántos, aún no lo he podido determinar.

—No lo creo, profesor.

Este sonrió.

—Escucha, Jack. En lugar de ser trasladados, quedamos atrapados en una masa indestructible, tan dura que ni siquiera las explosiones atómicas pudieron destruirla. Ella nos preservó.

—¿Qué explosiones atómicas? ¿De qué está hablando?

—Hubo una guerra, Jack. Una guerra feroz, en la que se utilizaron todas las armas atómicas. La humanidad se auto- destruyó a si misma, y convirtió al mundo en un desierto calcinado, sin vida.

—Sigo sin creerlo.

—Es la verdad. Los manuscritos que he consultado no pueden

estar equivocados. La guerra acabó con todo signo de vida, excepto unos contadísimos seres en dos lugares remotos… que los manuscritos no especifican, pero que imagino serían los más intrincados de las selvas del Brasil, donde se salvaron un reducido grupo de buscadores de diamantes, aunque sin poder librarse de cierto grado de contaminación. El otro lugar sería en las islas de Papuaria, otro pequeño grupo de indígenas salvajes, que en aquella época apenas si sabían lo que significaba la civilización. Los que sobrevivieron de entre ellos, muy pocos, quedaron maltrechos también por las profundas radiaciones que contaminaron la atmósfera durante centenares de años.

—Pero ese sol azulado, esa atmósfera limpísima, profesor. Esa vegetación fantasmagórica, los monstruos que hemos visto…

Conway repitió:

—Ya les digo, está loco.

—Escuchadme, por favor. El sol no es azul, es el mismo que conocimos miles de años atrás. La intensidad azulada se debe a otras causas.

—¿Qué causas? No puedo comprenderlo, de ningún modo.

—El holocausto nuclear, Parker. El monstruoso número de ingenios atómicos, de hidrógeno y de cobalto que fueron hechos estallar por todo el planeta, provocaron una densa nube radiactiva, capaz de metamorfosear incluso la atmósfera. Esa nube se elevó, chocó contra el Cinturón Van Allen que rodeaba la Tierra, y provocó allí un cambio espectacular. Lo que hasta entonces había sido como un filtro solar que eliminaba la mayor parte de los rayos dañinos del sol, se convirtió en una capa densa, que durante centenares de años impidió el paso del calor. El mundo se enfrió, y la vida casi se detuvo por completo. Luego, las radiaciones nucleares en el cinturón decrecieron hasta casi desaparecer. Quedó el «filtro», por llamarlo de algún modo, pero protegido definitivamente por una capa que se limita a reflejar con inmensa intensidad el color del cielo, del infinito azul que, al ser atravesado por la luz del sol, proyecta sobre la Tierra ese color azulado…

Jack miró, aturdido, a la muchacha. Jane estaba pendiente de las palabras de su padre, sobrecogida por la inmensidad de lo que estaba escuchando.

—Pero, y los monstruos, profesor. No pueden pertenecer a

nuestro mundo conocido.

Wallis se echó a reír.

—En realidad, no son tales monstruos, sólo una mutación.

—¿Qué?

—Las radiaciones atómicas acabaron con todo signo de vida animal y vegetal, como ya dije. Pero no hicieron lo mismo con las larvas enterradas en la tierra. Cuerpos microscópicos, que se limitaron a absorber la radiación que la tierra filtró. Luego, al nacer, ya no eran diminutos insectos, sino seres que habían sufrido una mutación. Después, a lo largo de miles de años, esa mutación que les había aumentado sensiblemente de tamaño se agudizó, y crecieron cada vez más. Nuestros pretendidos monstruos son, en realidad, los remotos descendientes de los diminutos insectos que perecieron en el estallido atómico.

—¡La *tijereta*! —exclamó Parker, de pronto—. Realmente, eso explicaría lo que vi, y el gusano multicolor…

—Aún veréis otros más asombrosos.

—Pero toda esa gente…—Los primitivos sobrevivientes también sufrieron ciertas transformaciones, ciertas mutaciones en sus genes. Algunas de sus facultades se atrofiaron y, durante generaciones, fueron degenerando, mientras a su alrededor la vida iniciaba su resurrección, con nuevas formas. Con el paso de miles de años, los seres humanos, mediante la selección natural, fueron recobrando la mayor parte de los sentidos perdidos, aunque no el habla. Hubieron de empezar de nuevo, se esforzaron para adaptarse al salvaje mundo que les rodeaba. Aprendieron un lenguaje creado por ellos mismos a base de signos, y los más inteligentes se lanzaron a buscar el progreso.

—¿Y los otros?

Wallis le miró, interesado.

—¿Viste a los salvajes, Jack?

—Tuvimos un desagradable encuentro con ellos, en efecto.

—Son la pesadilla de estos maravillosos seres. En realidad, la única que tienen, y una amenaza permanente. Sólo ansían destruir todo lo que signifique progreso y civilización.

Conway barbotó:

—No lo creeré en mil años. Estamos en otro mundo.

—No puedo obligarte a creerme, pero con el tiempo te darás

cuenta de que tengo razón. ¿Qué opinas tú, Jack?

—Nada, soy incapaz de coordinar nada sensato, en estos momentos.

—Esos salvajes han atacado esta ciudad en distintas ocasiones, Parker. Han intentado destruirla, y casi lo logran. Esos seres son pacíficos, no saben pelear. Apenas defenderse. Y sobre las montañas del este, hay una horda de salvajes al acecho. Debemos ayudarles, Jack.

—No veo cómo, si no disponen de armas efectivas.

—Desconocen el armamento sofisticado, tal como lo conocimos nosotros.

Parker se encogió de hombros.

—Cierto o no lo que acaba de contarnos, profesor, no veo cómo luchar contra esos seres primitivos, si los habitantes de la ciudad no aciertan a defenderse ellos mismos. Si conocen la ciencia suficiente para construir las esferas voladoras, deberían saber fabricar armas capaces de salvarles de cualquier ataque.

—Nunca se han preocupado de diseñar armas.

—A propósito, ¿cómo funcionan esas naves, profesor?

—Con cuarzo radiactivo. Si uno se detiene a pensarlo, son lo más sencillo del mundo. En realidad no vuelan, sólo flotan en el aire. En principio, se basan en el sistema de nuestro viejo hovercraf. Se deslizan flotando sobre un colchón de aire.

—Ya veo, pero la fuerza que produce su energía no la comprendo, Ese cuarzo radiactivo…

—Esa clase de cuarzo es capaz de almacenar tal cantidad de energía, que prácticamente es eterno.

—¿Y no pueden emplear esa energía para defenderse de sus enemigos?

Wallis abrió la boca, estupefacto. Cuando recobró la voz, masculló:

—Eso no se me había ocurrido a mí…

—A usted, no, pero a mí me adiestraron para matar —dijo Parker, sombrío—. Y si esos tipos atacan, no voy a dejar que me conviertan en picadillo sin defenderme, lo hagan o no los bondadosos habitantes de esta ciudad.

La mirada del profesor chispeó, llena de gratitud y alegría.

—Te necesitan, Jack —dijo.

Conway gruñó:

—Están todos ustedes locos de remate. Esos salvajes, casi bestias con forma humana, atacarán la ciudad de un momento a otro. Lo sensato sería marcharnos de aquí. Encontraríamos un lugar mejor donde vivir, sin tener que preocuparnos de que alguien nos hiciera pedazos.

Jack se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué opinas tú, Jane?

—Si tú decides quedarte y luchar, yo estaré a tu lado.

Wallis sonrió.

Conway les fulminó a todos con la mirada y, girando sobre los talones, abandonó la estancia.

—Debes disculparlo —dijo el profesor—. Jim no es un hombre de acción.

—Es sólo un cobarde, sin paliativos.

—¿Qué vas a hacer para ayudar a esta gente maravillosa, Jack?

—¿Cómo voy a saberlo? Saldré para reconocer las defensas, pero déjeme decirle, profesor, que si ellos no pelean, todos estaremos perdidos.

—Si hubiese tiempo… buscaríamos los materiales necesarios para fabricar pólvora.

—Déme tiempo para pensar. ¿Vienes, Jane?

—Deseo quedarme con papá ahora, Jack.

—Lo comprendo.

La besó fugazmente en la boca, y él también salió de la impresionante sala…

CAPITULO XI

Le miraban en todas partes, sin que en los rostros impasibles, inexpresivos, pudiera captar el menor asomo de expresión ni curiosidad.

Recorrió todo el perímetro de la ciudad. Esta se alzaba sobre una planicie, y la rodeaba una alta muralla. Más allá de la muralla se abría un profundo foso lleno de agua oscura.

Esas eran todas sus defensas.

Incrédulo ante tamaña indefensión, regresó en busca del profesor, cada vez más estupefacto por la dulce pasividad de aquellos seres que parecían haber nacido sólo para el bien.

Cuando lo encontró, dijo:

—Si no luchan, y muy duramente, la ciudad no tiene defensa posible, a mi modo de ver.

Wallis hizo una mueca de desagrado.

—¿Y las murallas, y el foso?

—Lo atravesarán con puentes improvisados. En cuanto a las murallas...

—Espera un momento. Esos seres primitivos siguen teniendo una mentalidad rudimentaria. No han aprendido a construir nada, como no sean sus chozas y garrotes. En cuanto a las murallas, se encaramarán por los troncos que ellos mismos coloquen, después de haber atravesado el foso.

—Entonces, ¿cómo lo atravesarán?

—A nado, por supuesto.

—A nado... ¿Cree que son muchos?

Wallis hizo una mueca de amargura.

—Millares, concentrados en las colinas que rodean la ciudad.

—O sea, que, cuando avancen, podrán cercarla por completo.

—Igual que un anillo de muerte.

Parker rezongó por lo bajo su disgusto.

—Profesor —dijo con amarga ironía—, hubiese preferido despertar unos años más tarde... si hubiera podido elegir.

—Te comprendo, hijo. Siento todo esto por Jane, pero tengo la esperanza de que tú... Ya me entiendes.

Jack sostuvo la mirada del profesor y sonrió.

—Hemos vivido solos durante semanas, profesor, en unas

condiciones tan primitivas como las de Adán y Eva. Amo a su hija, si eso le aclara mi posición.

—Perfectamente. Sé que ella es feliz, y eso es lo único que me importa. Ahora, estoy seguro de que tú la protegerás hasta el límite de tus fuerzas.

—Seguro que lo haré.

—Lástima que no puedas proteger también a toda esta maravillosa gente, Jack. Merecen vivir en paz.

—Profesor, me entrenaron para luchar…, para matar, si usted quiere. Y era bueno en mi profesión. Pero hasta ahora nadie me enseñó a realizar milagros. Esas gentes tienen que pelear o morirán, es así de sencillo.

Wallis se mesó los cabellos.

—¡Pero es que no saben pelear! No cabe en su refinada inteligencia que ellos puedan matar a otros seres, que deben luchar como fieras salvajes para sobrevivir. Se necesita tiempo para comprender su mentalidad, hijo, aunque yo he logrado comprenderlos perfectamente.

—Entonces, mi querido suegro circunstancial, empiece a rezar, si es que sabe.

Dio media vuelta y se fue, enfurecido consigo mismo por su impotencia.

Encontró a Jane en su aposento del piso superior. Ella le rodeó el cuello con sus brazos, y susurró:

—¿Dónde estuviste?

—Reconociendo el campo de batalla. Lo malo es que no habrá ninguna batalla, sólo una carnicería. Tal vez, con el tiempo, pudiera comprender a estos seres amables y pacíficos, pero lo malo es que no van a dejarnos tiempo para ello.

—Jack, si no podemos hacer nada, por lo menos estaremos juntos hasta el final.

—Eso no es ningún consuelo, mi pequeño amor.

La besó, y estuvieron abrazados durante mucho tiempo.

Hasta que ella susurró:

—No estás aquí, querido.

—¿Qué?

—Tus labios son fríos, tus pensamientos huyen de mí…

—Es cierto —gruñó, apartándose de ella—. No puedo olvidar lo

que se avecina.

La noche cayó, lóbrega y siniestra.

Y con la noche, el espectáculo que significaba el principio del fin.

Por todo alrededor de la ciudad, sobre las colinas que la cercaban, brillaban millares y millares de fogatas. Un círculo de fuego, que pronto se convertiría en un dogal de muerte.

Desde las arcadas, Jack contemplaba con expresión sombría el resplandor rojo de los lejanos fuegos, mientras el absoluto silencio de la ciudad le crispaba los nervios.

Era el silencio, la conformidad del cordero destinado al sacrificio.

Tras él, en la oscuridad, Jane susurró:

—Ven aquí y deja de torturarte, querido.

—No puedo…, esta noche, no. Quizá sea la última, y toda esa gente morirá.

—¿Y nosotros?

—No tenemos ninguna esperanza.

Salvajemente, descargó un tremendo puñetazo contra la pared.

Se hizo polvo los nudillos, pero no halló solución alguna al drama que se avecinaba.

* * *

El profesor Wallis tampoco podía conciliar el sueño. Desde el lecho podía ver las fogatas sobre las cumbres. Sabía que junto a aquellos fuegos se agolpaba un auténtico ejército salvaje, movido por instintos primarios, y que desconocía el miedo y el instinto de conservación.

Oyó los pasos que se acercaban, presurosos, y se incorporó.

—¿Jack? —exclamó.

—Sí.

—¿Tampoco puedes dormir?

—No creo que ningún condenado a muerte pueda pegar un ojo, en su última noche, pero estuve pensando mucho sobre esta situación.

El profesor suspiró.

—Si lo que has pensado es huir… lo aceptaré por Jane. Porque supongo que te la llevarás contigo.

—Jane no quiere abandonarle a usted ni a estas gentes.

—Ya veo. ¿Y tú?

—Jamás podría escapar sin ella.

—Entonces, confieso que no comprendo.

—Escuche, esas naves usted dijo que se movían mediante la energía que producía una especie de cuarzo radiactivo...

—Cierto.

—¿Qué cantidad de cuarzo?

—No sé adonde quieres ir a parar. Por lo que yo sé, van equipadas con dos pequeñas partículas de él.

—Dos pequeñas partículas... Imagino que tendrán una potencia gigantesca, entonces.

—Incalculable.

—Levántese, profesor.

—¿Para qué?

—Va a tener que exprimir su cerebro de nuevo, y esta vez espero que no sufra otro error como el que nos ha traído a esta situación.

Wallis saltó fuera del lecho y comenzó a vestirse.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Calor.

El científico comenzó a preocuparse seriamente por la cordura de Parker.

—Escucha —murmuró—. ¿De veras estás bien? No puedo verte en la oscuridad, pero si esta situación ha sido superior a lo que podías soportar, tranquilízate.

—Olvídese de eso. ¿Conoce usted la situación de los laboratorios y los talleres donde se construyen los motores de esos artefactos?

—Por supuesto. Me guiaron por ellos.

—Entonces, vamos allá.

Protestando aún, el profesor Wallis se vio arrastrado fuera de su aposento en plena noche y, casi en volandas, conducido a los inmensos talleres donde se construían las maravillosas naves...

Maravillosas, pero tan inofensivas como un recién nacido.

CAPITULO XII

El alud se produjo dos días más tarde.

Era estremecedor ver la aparente impasibilidad de aquellos rostros de grandes ojos redondos e inexpresivos, mientras de las

montañas descendían millares y millares de seres oscuros, silenciosos como un soplo de aire.

Sólo que significaba un soplo del infierno.

Bajaban atropelladamente, como un hormiguero puesto en marcha.

Desde las azoteas, podía vérseles compactos descender sin ningún orden mientras la ciudad indefensa parecía aguardar el sacrificio sangriento que acabaría con ella.

Junto a Parker, en el ventanal, Jane musitó:

—Nada podrá detenerlos. Jamás imaginé que fueran tantos. Cuando estén abajo, en el llano, podrán rodear completamente toda la ciudad.

—Sí, podrán hacerlo. Formarán un círculo de ocho o diez de fondo, un anillo que se cerrará igual que una tenaza.

—¿Y papá, Jack? Hace dos días que ni siquiera le veo.

—Se encerró en los talleres, y aún no ha salido de allí.

Ella levantó la cabeza para mirarle a la cara. Se apretó contra él, contra aquel torso poderoso y desnudo, y susurró:

—¿Tú sabes qué está haciendo?

—Trabaja.

—Jack, sé que me ocultas algo. Si hemos de morir, quiero que estés junto a mí. No podría soportarlo estando sola, ¿no te das cuenta?

El la estrechó entre sus brazos. Con voz suave, murmuró:

—Pequeña mía, espero que no mueras. Hay una idea que me preocupa mucho desde que llegamos aquí, y para realizarla es preciso que vivas, sana y fuerte, y tan hermosa como un sueño...

—Estás burlándote de mí. Tratas de distraerme de lo que se acerca.

—En absoluto. Hablo muy en serio.

—Entonáis, ¿cuál es esa idea que te preocupa?

—¿No comprendes? Este es un mundo en el que, a causa de las terribles mutaciones que sus gentes han sufrido a lo largo de siglos, han perdido las cuerdas vocales. No tienen voz, no saben hablar, carecen del divino don de la palabra. Me he propuesto que, con el tiempo, esta situación cambie, sufra otra transformación.

—No comprendo cómo podrás hacerlo.

El la besó suavemente en la punta de la nariz.

—Pequeña, estoy seguro de que tus hijos sabrán hablar perfectamente... y los hijos de tus hijos.

—¡Oh, condenado loco, y me has tenido en vilo! ¿Es que acaso no serán también tus hijos?

—Eso espero.

Esta vez la besó en la boca, después estuvo casi un minuto mirándola fijamente a los ojos, y al fin sonrió.

—He de irme ahora, o nuestros hijos jamás existirán. No te muevas de aquí, pase lo que pase. Si todo sale mal, yo llegaré a tu lado a tiempo de morir juntos.

—¡Jack! ¿Qué...?

—No hay tiempo, ahora.

Dio media vuelta y echó a correr, desapareciendo.

La muchacha se volvió hacia el exterior.

Las hordas estaban mucho más cerca de la ciudad, casi llegaban al pie de las colinas. Eran como una mancha que fuera cerrándose poco a poco alrededor del altar donde iba a consumarse el sacrificio de aquel rito salvaje y cruel.

Se estremeció. Abajo, vio a las gentes atropellarse de un lado a otro, desconcertados, vencidas de antemano... indefensas porque en su mundo de paz la guerra no tenía cabida.

Sintió una gran pena por ellas, y una ternura infinita también porque esos seres humanos, si pudieran sobrevivir, crecer y desarrollarse, crearían de nuevo una humanidad distinta, compenetrada en los mejores sentimientos que pueda albergar el corazón humano.

Fugazmente, pensó también en su propia suerte cuando aquel alud salvaje arrasara la ciudad. Sin embargo, y no sin cierta sorpresa, advirtió que su destino no le inquietaba tanto como el de aquel pueblo, cuyo único culto era la bondad, la convivencia pacífica...

Tras esto recordó a su padre, a Jack, que deseaba tener hijos que supieran hablar y pudieran transmitir el don de la palabra a las nuevas generaciones... y se dispuso a afrontar la inmediata catástrofe sin ningún temor.

* * *

El profesor Wallis estaba envuelto en una endiablada maraña de

gruesos cables cuando Parker irrumpió en el laboratorio. Las mesas de ensayo, todo el material, había sido barrido de la estancia, y ahora sólo quedaba, adosado a uno de los sólidos muros, un extraño panel con improvisados mecanismos, construidos con los más sorprendentes materiales.

—¿Cómo está la situación allá fuera, Parker? —gruñó el científico.

—Mal, profesor. En menos de una hora estarán en las murallas.

—¿Y Jane?

—Como el resto de la población —refunfuñó Jack—, indefensa como un gatito. ¿Cree que podrá conseguir que esto funcione?

Wallis se encogió de hombros.

—No lo sé… Es algo que no sabemos hasta el instante decisivo. Todo ha sido improvisado, montado sobre la marcha, sin tiempo para probarlo. Y tampoco me atrevo a probarlo, por temor a que se estropee en un instante y eche por tierra todas nuestras esperanzas.

—Ya veo. No es usted muy optimista, profesor.

—No puedo serlo, en estas circunstancias.

—No veo a Conway. ¿Dónde está?

—Temblando. Ha salido hace poco. Temo que sus nervios estén desquiciados…

—Pues sí que es el momento adecuado para perder la cabeza… ¿Qué puedo hacer para ayudarle, profesor? El tiempo y esos salvajes se nos echan encima.

—No creo que haya nada que tú puedas hacer, hijo, excepto subir a la torre y vigilar para indicar el momento en que tengo que conectar los circuitos. Tras esto, sólo nos quedará esperar.

—Muy bien. Colóquese cerca del ventanal. Cuando sea el momento, dispararé un tiro. El estampido será la señal.

—De acuerdo, Jack.

Los dos hombres se miraron al fondo de los ojos. Los más viejos y cansados del profesor estaban húmedos cuando murmuró:

—Lamento que tengamos que acabar de esta forma, hijo. Había cifrado tantas esperanzas en ti, en mi hija, en la ingente tarea que teníamos todos, en esta nueva humanidad…

—Olvídelo. Si sale bien, habrá tiempo de pensar en todo esto. Y si sale mal… Bueno, entonces tampoco vale la pena de preocuparse por anticipado.

Se estrecharon las manos, sin tratar de disimular la emoción que les dominaba a los dos.

Después, Jack salió apresuradamente del laboratorio, corrió por la amplia galería hacia la escalinata que se enroscaba a los muros circulares, y empezó a subirla saltando los peldaños de tres en tres.

A mitad de camino casi tropezó con Jim Conway, que descendía con piernas vacilantes, lívido como un cadáver.

—¡Estamos atrapados, Parker! —chilló, sujetándole por el brazo—. ¡Esos brutos nos matarán a todos!

—¿Cree que se salvará portándose como una mujer histérica?

—¡Pero es que no tenemos salvación! ¿Es que no quiere comprender? Nuestra única esperanza estaba en escapar, en huir de este maldito lugar. Pero usted y el profesor se sintieron héroes...

Jack se libró de las manos que le sujetaban, apartó al ayudante del profesor con un empellón, y siguió subiendo. Tras él quedaron los gritos de Conway, desgañitándose en la escalera.

Desde el mirador, Jack tendió la mirada. El espectáculo le sobrecogió el ánimo.

Ahora, las oscuras hordas llegaban al borde del foso, deteniéndose allí para reagruparse. Eran una masa cada vez más compacta, más sólida.

De la base de las laderas llegaban los últimos rezagados. Querían estar todos juntos, atacar todos a la vez con un golpe decisivo. Arrasar todo cuanto se les opusiera a su paso.

Blandían sus gruesos garrotes, compactos y duros, y las lanzas de afiladas puntas. De la espesa multitud de seres impacientes por matar se elevaba un sordo gruñido, un sonido que ponía los pelos de punta porque era un trueno incesante, más bestial que humano.

Jack empuñó la pistola. Era increíble que un arma semejante fuera un objeto perfectamente inútil ahora, incluso en un mundo en el cual las armas de fuego eran desconocidas, en un mundo donde se luchaba con lanzas y porras de dura madera.

Los últimos rezagados se fundían ya con la masa que aguardaba, impaciente para iniciar la gran matanza.

De pronto, aquel sordo gruñido que se alzaba de las compactas filas de los atacantes cesó, y un inmenso silencio quedó planeando sobre la ciudad condenada.

Jack se maravilló de que tamaño milagro fuera posible. De que en

un mundo que había sufrido infinitas convulsiones pudiera extenderse en masa ese silencio, esa nada que parecía tan sólida como una montaña.

Una montaña de silencio. Sonrió ante la idea, aunque esas ideas más o menos ingeniosas no sirvieran para salvarse.

Vio cómo la sombría horda se estremecía alrededor de la ciudad, igual que si recibiera en silencio y simultáneamente una orden terminante.

Luego, el cerco se puso en marcha de nuevo, estrechándose más y más hasta que las avanzadillas comenzaron a saltar al amplio foso. El agua pareció agitarse con una brutal tempestad cuando aquellos millares de seres primitivos empezaron a nadar torpemente para atravesarlo, atropellándose unos a otros, tan compactos como cuando estaban en tierra firme.

Jack tensó el dedo en el gatillo. Vio oscurecerse las aguas del foso, cubiertas por miles y miles de cuerpos que se agitaban como un hervidero.

En tierra, detrás de los que ya habían penetrado en el foso, quedaban aún centenares de guerreros, que empujaban a los que les precedían para lanzarse también al asalto de la indefensas murallas.

Sobre éstas, aquí y allá, grupos de habitantes de la ciudad contemplaban, impávidos, lo que para ellos significaba el principio del fin.

Jack Parker pensó fugazmente en Jane, que estaría viendo lo mismo que él veía. Luego, su mente se aquietó, y todas las energías de su cuerpo parecieron concentrarse en la mano que empuñaba la automática.

Ya sólo quedaban individuos aislados fuera del agua. Las avanzadillas estaban a pocas yardas de distancia de las murallas y, desde su punto de observación, podía oír, a pesar de la distancia, el burbujeante chapoteo de los miles de cuerpos agitándose en el líquido.

Entonces tiró del gatillo. El bronco estampido de la pistola atronó el silencio, multiplicándose en mil ecos. Ecos que aún resonaban cuando en el foso todo cambió.

Pareció que las aguas se ponían al rojo vivo, que lanzaban los cuerpos al aire, tirándolos unos contra otros, en convulsas posturas.

Luego, tras lo que fue sólo un segundo, una densa humareda se

alzó sobre aquella masa, que hervía en medio de un cataclismo artificial.

Entonces, en la base de la alta torre, algo rugió y las paredes se estremecieron.

Jack saltó hacia la escalera, olvidándose de la fascinación que el espectáculo ejercía.

Un espectáculo que significaba el fin de la horda, porque en medio de la espesa y pestilente humareda el agua hirviendo los calcinaba, tras lanzarlos unos contra otros, arriba y abajo, hundiéndolos.

El horrísono estallido de la planta baja se repitió, y toda una pared de la torre empezó a resquebrajarse. Una enorme porción se desprendió, derrumbándose con un estrépito colosal.

Jack saltaba los peldaños casi volando. Ante él, parte de la escalera osciló. Aparecieron anchas grietas y cuando brincó por encima de ellas, los escalones se hundieron bajo él, abriendo un abismo que significaba la muerte.

Siguió descendiendo sin reflexionar, confiando en el destino o en la suerte, al tiempo que otro gigantesco pedazo de muro se desplomaba, y una polvareda espesa se elevaba de abajo, envolviéndole en pocos segundos.

Nunca supo cómo llegó a la planta baja, ni cómo se precipitó por la galería que conducía al laboratorio.

De éste apenas quedaba más que montones de escombros.

—¡Profesor! —rugió, deteniéndose en medio del caos.

Sólo le respondió el eco y los estampidos de las piedras que aún caían de lo alto, retumbando como disparos al llegar al suelo.

—¡Profesor Wallis!

Saltó por encima de los montones de ruinas hacia donde había visto antes el improvisado panel.

De éste no quedaba apenas nada. Estaba retorcido, aplastado y renegrido. Una maraña de cables rotos, chamuscados, colgaban como tentáculos muertos, aquí y allá.

Entonces escuchó un sordo quejido. Frenéticamente, comenzó a apartar los cascotes.

Pronto apareció la cabeza del profesor. La sangre brotaba de entre sus escasos cabellos, pero estaba vivo. Gruñó cuando Jack comenzó a tirar de él:

—¿Dónde están, hijo?

—Cociéndose. ¿Qué pasó aquí, profesor?

Este quedó sentado entre los escombros.

—No lo sé, algo falló. Ya te dije que todo estaba improvisado. Teóricamente debía funcionar, pero en la práctica...

—Sin embargo, creo que lo consiguió.

—La descarga duró escasos segundos. Tal vez forcé demasiado la energía, y yo desconocía, en realidad, cuál era el poder de ese cuarzo nuclear. Resultó superior a como lo imaginé. No había habido tiempo de estudiarlo a fondo...

—¿Cree que podrá andar?

—Supongo que sí.

—Entonces, vayamos a reunimos con Jane, estará angustiada.

—Primero, quiero comprobar los efectos de esa energía. Llévame a las murallas, hijo.

Corrieron entre la multitud que andaba atropelladamente de un lado a otro. Casi en vilo, Jack llevó al profesor hasta el punto más próximo de las murallas.

Y de pronto, un espectáculo pavoroso surgió ante sus ojos.

Un grupo de frenéticos salvajes habían logrado eludir la descarga de energía. Debía estar ya encaramándose por los muros cuando se produjo, y ahora estaban dentro de la ciudad. Acorralaban a grupos de habitantes y los ensartaban con sus lanzas, o los derribaban, destrozándoles el cráneo con sus gruesas porras.

Había un mar de sangre a su alrededor, y casi un centenar de cadáveres destrozados en confuso montón, mientras unos pocos habitantes de la ciudad corrían desangelados, sin tino y sin rumbo, tratando de eludir la muerte atroz que les caía encima, procedente de todos lados.

Con un rugido, Jack empuñó la pistola y comenzó a disparar.

Lo hizo velozmente, y cuatro de los asaltantes brincaron bajo el impacto de los proyectiles.

Los otros se volvieron estupefactos.

Jack soltó el cierre del vacío cargador, y comenzó a introducir otro, con dedos nerviosos.

Los restantes salvajes miraban a sus compañeros, abatidos por aquellos estampidos, tan sorprendidos que, por unos instantes, se olvidaron de sus víctimas, que se escabulleron en todas direcciones.

Luego, su estupor se evaporó y se dispusieron a atacar a los recién llegados.

Jack levantó la pistola. De nuevo, los rotundos estampidos atronaron el silencio, y cada una de aquellas balas lanzaba a un enemigo lejos de los demás.

Una lanza zumbó junto a su cabeza y se hincó en el suelo.

La pistola quedó vacía, y cuatro o cinco de los atacantes estaban aún en disposición de pelear.

De un zarpazo se apoderó de la lanza. Arrojó la pistola hacia el profesor, gritándole:

—¡Cárguela usted, sólo me queda un cargador!

Wallis atrapó el arma y el cargador.

Vio a Jack enfrentarse a sus enemigos. Ahora, éstos adoptaban alguna precaución, al darse cuenta de que ese nuevo individuo no estaba dispuesto a dejarse matar..., a dejarse sacrificar como una res.

Al fin, uno avanzó, blandiendo su terrible maza.

Justo cuando la levantaba para descargar el golpe mortal, Jack se tiró a fondo, con la lanza por delante. Sintió unas horribles náuseas cuando vio hundirse la punta en el pecho de aquel hombre.

Lo echó atrás cuando el cadáver se desplomaba.

Otro enarboló su lanza, y corrió al descubierto hacia él.

Jack arrojó la suya con todas las fuerzas de su brazo.

Fue un buen tiro, porque el largo y afilado palo atravesó al hombre de parte a parte. Hombre y lanza se fueron al suelo, pero ahora él estaba desarmado.

Los restantes lo comprendieron a un tiempo y saltaron hacia Jack, blandiendo sus garrotes.

Pudo esquivar la primera cometida. Luego, una lanza le desgarró el costado con una terrible sensación de quemadura.

Corrió para eludir el segundo ataque. Tropezó con uno de los cadáveres y se fue al suelo dando tumbos.

Comprendió que aquello era el fin. Iban a ensartarle como a un insecto.

Entonces, la pistola tronó una vez más y uno de los asaltantes se derrumbó, retorciéndose,

Los otros volvieron a detenerse.

El profesor sostenía la gran pistola con las dos manos. Hizo fuego y falló.

Jack se levantó de un brinco, olvidándose del dolor atroz que le produjo la herida y corrió hacia el científico.

Este le alargó el arma, que él cazó al vuelo, y girando sobre los pies, comenzó a disparar bala tras bala.

Siguió apretando el gatillo frenéticamente, incluso después de haber vaciado el cargador. Ante él sólo quedaban hombres muertos, cuerpos despatarrados en grotescas posturas, sangrando.

Oyó la voz aguda del profesor que le gritaba algo y, aturdido, se volvió.

Wallis le miraba, espantado.

—¡Parker, ya basta!

—¿Qué...?

El científico le sacudió por los hombros hasta que la luz de demencia que chispeaba en sus ojos se apagó poco a poco.

Wallis dijo:

—Por unos momentos te convertiste en uno de ellos, hijo. Sólo ansiabas matar, ¿no es cierto?

—Lo siento. Pensé en Jane, en que podían llegar hasta ella...

—Lo comprendo. Subamos a la muralla, Parker. Ayúdame a sostenerme.

Se encaramaron arriba, hasta el pretil.

Allá abajo estaba el foso, y el horror de lo que quedaba en él, se les apareció con toda su espeluznante crudeza.

El agua no se distinguía. En realidad, era una masa de cuerpos renegridos, contorsionados, como fundidos unos en los otros, que la cubrían por entero hasta donde alcanzaba la vista.

Más allá, huyendo de aquel cataclismo que no comprendían, pequeños grupos se alejaban, sin ocuparse de sus compañeros que, menos afortunados, se arrastraban en sus últimos estertores, tratando de escapar del foso mortal

Uno tras otro iban quedando quietos, esparcidos aquí y allá, salpicando la tierra de oscuras manchas muertas.

Wallis cerró los ojos, mareado.

—-Espantoso, jamás volvería a hacer una cosa como ésta, Parker...

—¿Ni para salvar la ciudad y sus habitantes?

—¿No te das cuenta de que hemos empezado de nuevo, de que otra vez hemos desencadenado el rayo que en otro tiempo destruyó

el mundo?

—Pero era preciso, profesor» O de lo contrario, ellos hubieran acabado con esa nueva humanidad libre, sencilla y pacífica. Si alguien debe sobrevivir son estas gentes, porque sólo ellas llevan en si la semilla del bien y de la paz.

Wallis abatió la cabeza. Miró, una vez más, aquella horrorosa multitud de cuerpos fulminados por la descarga de energía que había electrificado el agua hasta hacerla hervir.

En sus manos había estado el poder del rayo, de la vida y de la muerte, como miles de años atrás estuvieron en otras manos, que desencadenaron las fuerzas del mal hasta acabar con la vida en el planeta.

—De todos modos —murmuró—, nunca más. La energía de este extraño cuarzo radiactivo sólo servirá para el progreso.

Se apartaron de allí, sobrecogidos de espanto.

Jack sentía el tremendo dolor de su costado herido, pero le dominaba el ansia de reunirse con Jane cuanto antes y se negó a pensar siquiera en la herida.

Jane esperaba.

Con la angustia reflejándose en sus ojos, ignorando aún lo sucedido realmente.

Pero ni siquiera lo preguntó. Les vio llegar y corrió locamente hacia ellos. Su angustia se disipó cuando los brazos de Jack la encerraron en un cepo que detuvo hasta su respiración.

Después, mientras sus labios permanecían obstinadamente unidos, el profesor agitó la cabeza, satisfecho, les envolvió en una mirada de cariñoso afecto y, dando media vuelta, les dejó solos.

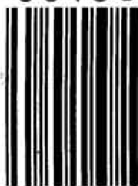
Ahora, en ellos mismos, en su amor, se centraba el futuro de una generación nueva.

De un mundo realmente nuevo.

FIN

ISBN 84-85626-56-7





EDICIONES CERES, S.A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 60 Ptas.

Impreso en España - Printed in Spain.